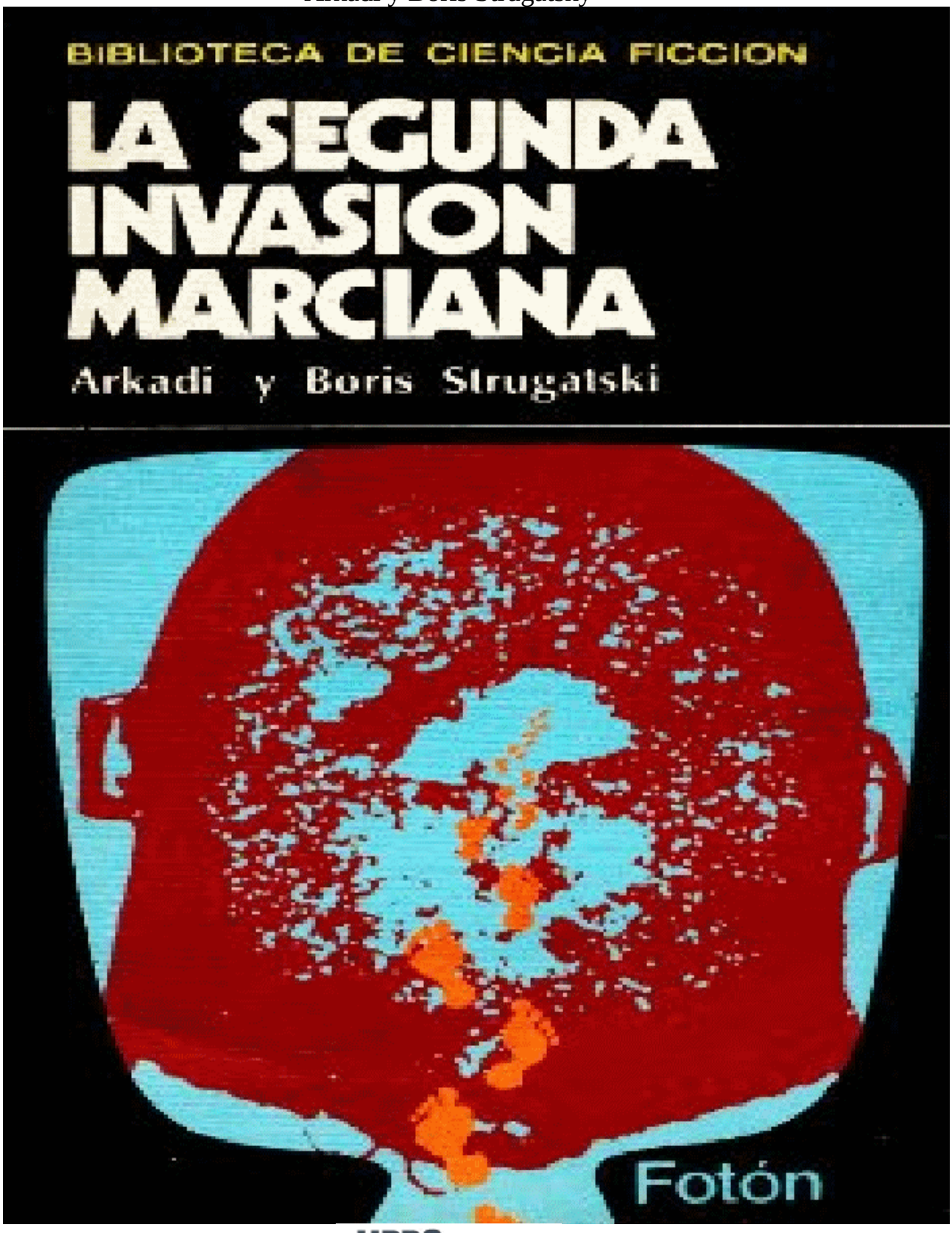
LA SEGUNDA INVASIÓN MARCIANA

Arkadi y Boris Strugatsky



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOTAS DE UN HOMBRE CUERDO

¡Oh, este maldito mundo conformista!

1º de Junio, 3 de la mañana. ¡Señor! Ahora es Artemida... obviamente, se ha enamorado de ese Nikostratos, después de todo. Y se dice, mi hija... Bien, basta ya de eso.

Alrededor de la una de la mañana me despertó un estruendo, intenso pero lejano, y me sorprendí al ver un siniestro movimiento de rojas manchas de luz sobre la pared del dormitorio. El estruendo era del tipo intermitente que precede a un terremoto, y era tan intenso que toda la casa temblaba, los cristales de las ventanas resonaban y los frascos del tocador se desplazaron sobre la superficie. Aterrorizado, corrí hacia la ventana. Hacia el norte, el cielo estaba en llamas; era como si la tierra se hubiera abierto más allá del horizonte y estuviera lanzando andanadas de llamas multicolores hacia las estrellas. Pero esos dos, indiferentes a todo, iluminados por un resplandor infernal y sacudidos por los temblores subterráneos, se abrazaban y se besaban sentados en el banco bajo mi ventana. Reconocí a Artemida de inmediato, y al principio pensé que Charon debía haber vuelto y ella estaba tan feliz de verlo que lo besaba como una joven novia, en lugar de llevarlo en seguida al dormitorio. Pero un instante después reconocí la famosa chaqueta extranjera del señor Nikostratos, iluminada por el fuego, y mi corazón se estremeció. Son los momentos como esos los que le quitan la salud a un hombre. Si bien no puedo decir que la cosa fuera del todo inesperada: habían corrido rumores, insinuaciones, bromas. De todos modos, me sentí destrozado.

Con las manos sobre el corazón, y sin saber qué hacer, me arrastré, descalzo, hasta la sala y telefoneé a la policía. ¡Vaya uno a tratar de comunicarse con la policía cuando la necesita! Por un rato largo el número daba ocupado, y luego, para rematar el asunto, resultó que Panderei estaba de guardia. Le pregunté de qué tipo era el fenómeno que se observaba detrás de la línea del horizonte. No sabía qué era un fenómeno.

—¿Me puedes decir qué es lo que está pasando detrás del horizonte, hacia el norte? —pregunté. A su vez, me preguntó dónde era eso, y en verdad no supe cómo explicarle, pero pareció que de pronto se hacía la luz en su cerebro.

—¡Ahhh! —exclamó—. Tú quieres decir el fuego. —Explicó que, en efecto, se podía observar lo que parecía un incendio, pero que aún no se había establecido de qué se trataba ni qué era lo que se estaba quemando.

La casa temblaba, todo parecía crujir, y en la calle la gente gritaba algo conmovedor sobre la guerra, y sin embargo el gran tonto empezó a decirme que habían detenido a Minotauro; totalmente borracho, había atropellado el frente de la villa del señor Laemedontes, y ahora no podía tenerse en pie, ni pelear siquiera.

—¿Van a tomar alguna medida o no? —lo interrumpí.

—Eso es lo que le estoy explicando, señor Apolo. —El tonto parecía ofendido—. Debo transmitir un informe y me estás bloqueando la línea. Si todos ustedes se van a excitar tanto por ese incendio...

—¿Y si se trata de una guerra? —le pregunté.

—No, no es una guerra —afirmó—. Si se tratara de una guerra, yo lo sabría.

—¿Y si se trata de una erupción? —pregunté.

No sabía qué era una erupción. No pude soportarlo más y colgué el receptor. Cubierto de transpiración después de ese llamado volví a mi dormitorio y me puse la bata y las zapatillas.

El estruendo parecía acallado, pero las llamaradas de luz continuaban, y aquellos dos ya no se besaban; ni siquiera estaban sentados, abrazándose. No, nada de eso; estaban parados, tomados de la mano, para que todos los vieran; el fuego, detrás del horizonte, lo iluminaba todo como si fuera de día, salvo que la luz no era blanca sino anaranjada rojiza, y a través de ella flotaban nubes de humo marrón que se obscurecían hasta parecer de un color café oscuro. Los vecinos corrían por la calle vestidos como se encontraban, y la señora Eurídice aferraba a las personas por sus pijamas y les pedía que la salvaran. El único de ellos que tenía aire formal era Myrtil, quien con la ayuda de su mujer y sus hijos retiró su camión del garaje y empezó a sacar todas sus posesiones de la casa. Era el pánico verdadero, como en los tiempos

de antes. Yo no había visto nada igual por años. Sin embargo, comprendí que si en verdad se trataba del comienzo de una guerra atómica, entonces no había mejor lugar en toda el área para ocultarse y esperar que se terminara, que nuestro pequeño pueblo. Si, por otra parte, se trataba de una erupción, ésta se estaba produciendo a gran distancia, y tampoco significaba una amenaza para nuestro pueblo. Aunque no era nada probable que se tratara de una erupción... ¿qué tipo de erupción podía producirse aquí? Subí y traté de despertar a Hermione; ahí las cosas estaban como de costumbre:

—¡Déjame tranquila, borracho, tú y tus malditos tragos toda la noche! ¡Déjame tranquila, quieres! —Y otras cosas por el estilo. Entonces, en tono alto y convincente, empecé a hablarle de la guerra atómica y la erupción, pintándolo todo en colores levemente subidos, ya que de otra manera no iba a conseguir nada.

Mis palabras penetraron; ella se incorporó de un salto, me hizo a un lado y se apresuró hacia el comedor, murmurando:

—Echaré una mirada, y será mejor que te cuides... —Abrió con la llave el aparador y contó las botellas de brandy. Yo me mantuve muy calmo—. ¿De dónde has venido en ese estado? —me preguntó, oliendo en actitud sospechosa—. ¿En qué sucio tugurio has estado? —Pero cuando miró por la ventana y vio a los vecinos semidesnudos, y a Myrtil parado sobre el techo y vestido solamente con sus calzoncillos, mirando hacia el norte con sus binoculares, perdió todo interés en mí. En realidad, como luego vi, el horizonte aparecía nuevamente envuelto en la oscuridad y el silencio, pero aún se podía divisar una extraña nube de humo que ocultaba por completo a las estrellas. No sé cómo explicarlo, pero mi Hermione no es como la señora Eurídice: pertenece a una generación diferente, y ha tenido una crianza diferente. De todos modos, apenas tuve tiempo de tomar una copa de coñac antes de que ella empezara a buscar las valijas y a llamar a Artemida con toda su voz.

—Sigue gritando —pensé con amargura—. Nunca te oirá —Y luego apareció Artemida en la puerta de su habitación. Buen Dios, estaba pálida como la muerte y temblaba de la cabeza a los pies, pero ya estaba vestida para dormir y en su pelo se veían las pinzas de enrular.

—¿Qué ocurre? ¿Qué les pasa a ustedes? —preguntó.

Me guste o no, qué temperamento. De no haber sido por el fenómeno, nunca hubiera descubierto nada, y Charon mucho menos. Nuestros ojos se encontraron; ella me sonrió con sus labios temblorosos, y no logré emitir las palabras que estaban en la punta de mi lengua. Para calmarme, fui a mi cuarto y empecé a empacar mis estampillas. Te agitas y tiemblas, le dije a ella mentalmente. Te sientes sola y sin protección. El no te ha apoyado ni te ha protegido. Sólo tomó la flor del placer y se marchó rápidamente para ocuparse de sus cosas. No, niñita, cuando un hombre empieza en forma deshonorable, luego se comporta del misma modo.

Entre tanto, el pánico iba desapareciendo rápidamente, tal como yo había esperado. La noche volvió a la normalidad; la tierra ya no temblaba; las casas no crujían. Alguien la llevó a la señora Eurídice a su casa. Ya no se oían gritos acerca de la guerra, y en general ya no había nada que justificara que se gritase. Mirando por la ventana, vi que la calle estaba vacía y sólo en algunas pocas casas se veía luz. Myrtil estaba todavía, en el techo, con sus calzoncillos relucientes entre las estrellas. Lo llamé y le pregunté qué era lo que veía.

—Está bien, está bien —replicó, resoplando—. Vas a la cama y te duermes. Cuando empiezas a roncar, ellos te atacan...

Pregunté quiénes eran «ellos».

—Está bien, está bien —repuso—. Ustedes, sabelotodo, tienen todas las respuestas. Tú y tu Panderei. Y esa no es más que un gran tonto. —Al oír el nombre de Panderei, decidí llamar otra vez a la policía. Una vez más llamé hasta cansarme, y cuando por fin me comuniqué, Panderei me dijo que no había novedades especiales, pero que aparte de eso todo estaba en orden. Le habían dado un sedante al borracho Minotauro, quien se había calmado después del lavaje de estómago. En cuanto al fuego, había cesado hacía un buen rato, y además resultó no ser un incendio sino los fuegos artificiales con que se celebraba una festividad. Mientras trataba de recordar qué era lo que se celebraba ese día, Panderei cortó la comunicación. No hay dudas de que es un tonto, y muy mal educado, además. Siempre ha sido así. Resulta

extraño ver a ese tipo de gente en nuestra fuerza policial. Nuestros funcionarios policiales deberían ser inteligentes, heroicos, modelos para que los jóvenes traten de emular, gente a la que se le pueda confiar no sólo poder y autoridad sino también actividades educativas. Pero Charon dice que una fuerza policial así sería un «conjunto de anteojudos», y afirma que ningún gobierno desea una policía de esa clase, porque ésta empezaría por arrestar y reeducar a los ciudadanos más destacados del estado, comenzando con el primer ministro y el jefe de policía. Bien, no sé, tal vez tenga razón. Pero un oficial de policía que no conoce el significado de la palabra «fenómeno» y que no puede cumplir su deber sin ser grosero... sin duda, no es eso lo que necesitamos.

Caminando por entre las valijas, llegué hasta el aparador y acababa de servirme una copa de brandy cuando Hermione entró en la habitación. Dijo que el lugar era un loquero, que no podía confiar en nadie; que los hombres no se merecían el nombre de hombres y que las mujeres no se merecían el nombre de mujeres; que yo era un alcohólico confirmado; que Charon era un inútil estúpido; que Artemida era una hermosa señora incapaz de adaptarse a la vida normal. Y otras cosas por el estilo. ¿Tal vez alguien podría explicarle por qué la habían despertado en mitad de la noche y le habían hecho preparar valijas? Le contesté a Hermione de la mejor manera posible, y me refugié en mi propio cuarto.

Hacia las tres de la mañana la tierra volvió a temblar. Luego llegó el sonido de muchos motores y el resonar de metales. Resultó ser una columna de camiones del ejército y de Vehículos blindados para el transporte de tropas que pasaba frente a la casa. Se movían lentamente, con sus luces amortiguadas, y Myrtil había conseguido acercarse a uno de los vehículos blindados. Caminaba a grandes pasos junto al vehículo, asido por una mano a una portezuela saliente, mientras gritaba algo. No sé qué le respondieron, pero cuando la columna hubo pasado y él quedó solo, parado en la calle, lo llamé y le pregunté si tenía noticias.

—Está bien, está bien —respondió—. Sabemos lo que son estas maniobras; estos vivos se divierten con mi dinero. —Entonces lo comprendí todo: se estaban realizando ejercicios militares en gran escala, tal vez con el uso de armas atómicas. ¡Cuánta alharaca por nada!

¡Gracias a Dios! Ahora, tal vez, podré irme a dormir en paz.

2 de Junio. No puedo decidirme a hablar claramente con Artemida. No puedo soportar esas conversaciones íntimas y horriblemente personales. Además, no sé qué es lo que me respondería ella. Pero Papito, es todo tan aburrido acá, me diría ¡Entonces ya no hay nada que hacer! Es una mujer joven, atractiva y sin hijos; además, es muy inquieta y le encantaría andar por ahí divirtiéndose. Le gustaría ir a bailar, flirtear con los hombres y todo lo demás. Pero, tal como lo quiso la suerte, Charon es uno de nuestros filósofos. Un pensador. Totalitarismo, fascismo, comunismo. Según él, el baile es una droga sexual, y la gente que tratamos son perfectos idiotas; y no sabe cuál de los dos es el peligro mayor. Y que no se le ocurra a uno mencionar la paciencia china. Pero, a pesar de todo eso, ¡bebe bastante! Suele sentarse con cinco de sus inteligentes amigos en torno de la mesa, pone cinco botellas de coñac, y se quedan discutiendo hasta la mañana. Y la pobre chica se sienta y bosteza una y otra vez, hasta que por último cierra la puerta con un golpe y se va a la cama. ¿Qué clase de vida es esa? Sé muy bien que un hombre necesita tener sus amigos para hablar de lo que le interesa, pero lo mismo le ocurre a una mujer. No, siempre lo he querido a mi yerno: maldito sea, él es mi yerno, y siempre lo querré. Pero, en realidad, ¿cuánto tiempo hay que pasarse discutiendo y debatiendo? ¿Y qué se gana con todo eso? Después de todo, es evidente que se puede discutir el fascismo hasta el amanecer, pero no se cambia el fascismo por eso. Pero, si no se le presta la debida atención a una joven esposa, ella paga con la misma moneda. Y ahí sí que ninguna filosofía puede ayudarlo a uno, tampoco. Entiendo muy bien que a veces un hombre educado necesita tratar asuntos abstractos, pero por el amor de Dios, debe conservar el sentido de la proporción. Oh, bueno, basta ya de eso.

La mañana fue realmente hermosa. (Temperatura, 19ºC; densidad de las nubes, 1 grado; viento del sur, 2 kilómetros por hora. Debí haber ido a la estación meteorológica para ver el medidor de vientos, ya que he vuelto a estropear el mío). Después del desayuno decidí que no conseguiría nada si no tomaba alguna medida, de manera que partí hacia la municipalidad

para aclarar el asunto de mi pensión. Estaba caminando, gozando la calma de la mañana, cuando noté de pronto que se estaba reuniendo una multitud en la esquina de la calle Libertad y Vereskova. Lo que había pasado era que Minotauro había chocado su camión contra la vidriera de la joyería. La policía no debió haberlo puesto en libertad tan pronto. Podían haber pensado que una vez que empezara a beber, lo más probable era que volviera a emborracharse. Pero, por otra parte, ¿cómo podían dejarlo encerrado cuando él es el único limpiador de cloacas del pueblo?

Me demoré a causa de Minotauro, y cuando llegué a *Los Cinco Tañidos*, nuestro grupo estaba reunido; pagué mi multa, y entonces el lisiado Politemes me obsequió un excelente cigarro que venía en un tubo de aluminio. Su hijo mayor, Policarpo, oficial de la Marina Mercante, le había enviado ese cigarro especialmente para mí. Ese tal Policarpo había sido alumno mío durante varios años antes de escapar para engancharse como grumete. Había sido un muchacho brillante y lleno de maldad. Cuando se fue del pueblo, Politemes casi me lleva a la justicia. ¿Quieren creerlo? Afirmaba que el maestro había estropeado al joven con todas sus lecciones sobre la multitud de mundos diferentes. Hasta el día de hoy Politemes está convencido de que el cielo es sólido y de que los viajeros espaciales lo recorren como los motociclistas de circo. He tratado de explicarle astronomía, pero no hay caso.

El grupo decía que una vez más el tesorero del pueblo estaba malgastando el dinero que se había reservado para construir un estadio. Esta es la séptima vez que ocurre. Para comenzar, discutimos cómo podíamos hacer para suprimir al tesorero.

Silen se encogió de hombros, sostuvo que aparte de iniciarle un juicio, no había otra cosa que hacer.

—Ya hemos tomado demasiadas medidas tibias —opinó—. Un tribunal abierto. Todo el pueblo debería reunirse en el terreno destinado al estadio y poner en la picota al truhán, en el lugar mismo de su crimen. Por el amor de Dios —insistió— nuestra ley es suficientemente flexible como para que nos aseguremos de que los medios utilizados para suprimir al hombre correspondan exactamente a la seriedad de la falta cometida.

—Me animaría a decir que nuestra ley es demasiado flexible —observó el pendenciero Paral—. El tesorero ha sido juzgado dos veces ya, y las dos veces nuestra flexible ley se inclinó a su favor. Pero tal vez ustedes piensen que ocurrió eso porque se lo juzgó en la municipalidad y no en el terreno destinado al estadio.

Morfeo, yendo al fondo del problema, afirmó que a partir de ese día se rehusaría a afeitar al tesorero o a cortarle el cabello. Que fuera por ahí barbudo y desaliñado.

—Nada los convencerá de que a él le importa un bledo todos ustedes —dijo Politemes—. Tiene sus propios defensores.

—Exactamente —Paral lo apoyó y nos recordó que el arquitecto del pueblo seguía vivo y floreciente. Ese hombre había diseñado el estadio, es decir, en la medida en que sus limitadas capacidades se lo permitían; y ahora, como era de esperar, no deseaba ver que se iniciara la construcción.

El lisiado Politemes, como veterano y como hombre que no le teme al derramamiento de sangre, propuso que detuviéramos a los dos a la entrada de la casa de Madame Persefone y que los pateáramos en el culo. Politemes no hace ningún esfuerzo por moderar su lengua en los momentos críticos como ese, y se expresa en el más crudo lenguaje de cuartel. Es notable la forma en que tales expresiones nos excitan a todos. La gente se puso virulenta y sacudía sus brazos en el aire, y Kalai tartamudeó y siseó más que de costumbre. En realidad, su emoción era tan grande que ya no pudo pronunciar ni una sola palabra, pero en ese momento el pendenciero Paral, el único de entre nosotros que había permanecido calmo, observó que aparte del tesorero y el arquitecto, un tal señor Laemedontes, principal aliado de aquellos, aún vivía en el pueblo en su residencia de verano. De pronto todos callaron, y volvieron a prestar atención a los cigarrillos y los cigarros que se habían apagado en el curso de la conversación; ahora que lo pensaban, no iba a ser muy fácil patear en el culo al señor Laemedontes.

Recordé que hacía rato debía haber estado en la municipalidad, de manera que puse lo que quedaba del cigarro en su tubo de aluminio y subí al primer piso, a la sala de recepción del alcalde. Me sorprendió la actividad poco usual de esa oficina. Todos los empleados parecían

un tanto agitados. Hasta el señor Secretario, que en lugar de ocuparse en el habitual examen de sus uñas, estaba cerrando con lacre unos sobres grandes, y esto, además, con aire de extrema preocupación y de estar haciéndole algún gran favor a alguien. Con una sensación de incomodidad, me acerqué a ese petimetre, atildado según la última moda. Mi Dios, en ese momento hubiera dado cualquier cosa por no tener que verlo u oírlo, por no tener que tratar con él. A mí no me gustaba el señor Nikostratos desde antes de este asunto. En realidad, para decirles la verdad, no me gustaba ni siquiera cuando era alumno mío, por su holgazanería, su arrogancia y su conducta descarada, y después de lo que había visto ayer, me enfermaba tener que mirarlo. Además, ni tenía idea de cómo debía abordarlo. Pero no había otra salida, y finalmente me obligué a decirle:

—Señor Nikostratos, ¿tiene alguna noticia de mi asunto?

Ni se dignó mirarme.

—Lo siento, señor Apolo, pero todavía no hubo respuesta alguna del ministerio —dijo, y siguió sellando los sobres. Hice entrechocar los tacos de mis zapatos y caminé hacia la salida, sintiéndome como un gusano. Las oficinas siempre tienen ese efecto sobre mí. Pero de manera totalmente inesperada, él me detuvo con una información sorprendente. Dijo que todas las comunicaciones con Maratón estaban cortadas desde el día anterior.

—¿Qué quiere decir? —repliqué—. Seguramente, las maniobras deben haber terminado ya.

—¿Qué maniobras? —parecía sorprendido.

En ese momento algo estalló dentro de mí. Aún no sé si valió la pena, pero lo miré a los ojos y le dije:

—¿Cómo «qué maniobras»? Las que usted estuvo mirando anoche, por favor.

—¿Pero usted no creerá realmente que se trataba de maniobras? —afirmó con envidiable compostura, y una vez más dirigió su mirada a los sobres—. Esa fue una exhibición de fuegos artificiales. Debería leer los diarios de la mañana.

En realidad, debí haberle dicho algo acerca de Artemida en ese momento, ya que estábamos solos. ¿Pero cómo iba a encararlo?

Cuando volví a *Los Cinco Tañidos*, ya estaba adelantada una discusión sobre la naturaleza del fenómeno de la noche. Todo el grupo estaba reunido, y también habían llegado Myrtil y Panderei. Este último llevaba su chaqueta desabotonada y se lo veía cansado y barbudo después de su noche de guardia. A Myrtil no se lo veía mucho mejor, ya que se había pasado toda la noche vigilando la casa, en previsión de problemas. Todos ellos sostenían en sus manos los diarios de la mañana y discutían la nota de nuestro observador, que se titulaba: «En vísperas del festival». Nuestro observador nos informaba que Maratón se estaba preparando para la celebración de su 153 aniversario y, tal como él había podido saber de fuentes bien informadas, ayer a la noche había tenido lugar un ensayo de la exhibición de fuegos artificiales, que habían podido admirar los habitantes de los pequeños pueblos y aldeas vecinos en un radio de 200 kilómetros. En cuanto Charon se va en un viaje de estudio, nuestro diario se convierte en cosa de tontos, Si por lo menos hubieran tratado de imaginar cómo se vería una exhibición de fuegos artificiales a una distancia de 200 kilómetros. Si se hubieran detenido a pensar, porque ¿cuándo los fuegos artificiales estuvieron acompañados por temblores subterráneos? En seguida señalé esto al resto del grupo.

Ellos replicaron que no habían nacido ayer, tampoco, y me aconsejaron que leyera «El Heraldo de Milese». En el «Heraldo» se afirmaba en letras de molde que la noche anterior «los habitantes de Milese habían podido admirar el más impresionante espectáculo de ejercicios militares realizados con el uso de técnicas militares ultramodernas» —¡Qué fue lo que yo dije!— estuve a punto de exclamar, cuando Myrtil me interrumpió. Contaba que en las primeras horas de la mañana un conductor, a quien no conocía, de la firma «Compañía de Transporte de Larga Distancia», se había detenido para cargar combustible en su estación de servicio y había cargado 150 litros de gasolina, dos latas de aceite para motor Avtol y un pote de mermelada. El hombre le había dicho, en secreto, que durante la noche habían explotado las fábricas subterráneas de combustible para cohetes, desconociéndose el origen del suceso. Parecía ser que habían muerto 23 vigilantes y todo el turno de la noche, y aparte de eso habían

desaparecido 179 hombres sin dejar rastros. Todos nos sentimos horrorizados, pero en ese punto el pendenciero Paral preguntó agresivamente:

—¿Para qué necesitaría la mermelada, me pregunto?

La pregunta dejó confundido a Myrtil.

—Está bien, está bien —dijo—. Les dije lo que sabía. Eso es todo lo que podrán sacarme. —Tampoco nosotros pudimos aventurar una respuesta. ¿Por qué el hombre necesitaba mermelada? Kalaid siseó y tartamudeó pero no consiguió emitir ninguna palabra. Entonces, el gran tonto de Panderei tomó la palabra.

—Escuchen, compañeros —dijo—. Esas no eran fábricas de cohetes. Eran fábricas de mermeladas. ¿Entienden? Ahora, a callar todos.

Nos callamos todos.

—¿Fábricas subterráneas de mermelada? —inquirió Paral—. Bien viejo, estás muy bien hoy.

Empezamos a palmear a Panderei en la espalda, diciéndole:

—Sí, Pan, pobre viejo, se ve que no dormiste lo suficiente anoche. Ese Minotauro te ha hecho bailar. Oh Pan, Pan, viejo amigo, ¡es hora de que te jubiles!

—Es policía, y él mismo alienta el pánico —comentó Myrtil en tono apesadumbrado. Era el único de nosotros que había tomado en serio las palabras de Panderei.

Finalmente, Panderei abotonó su chaqueta de arriba a abajo y mirando por encima de nuestras cabezas, gruñó:

—Basta ya. ¡Circulen! En nombre de la ley. —Myrtil se fue a su estación de servicio y el resto de nosotros fuimos al bar.

En el bar pedimos cerveza. ¡Ese es un verdadero placer, algo de lo que me privaba antes de retirarme! En un pueblo pequeño como el nuestro, todo el mundo conoce al director de la escuela, y por una u otra razón todos los padres imaginan que uno es un taumaturgo y que con el solo ejemplo personal puede impedir que los hijos sigan los pasos de los padres. De la mañana a la noche el bar está literalmente colmado de esos padres, y si uno se permite una inocente jarra de cerveza, al día siguiente sin falta recibe una humillante reprimenda del director. ¡A mí me encanta ir al bar! Me gusta sentarme en la buena compañía de otros hombres y estarme, con mente ausente, entre el rumor de las voces y el tintinear de los vasos. Me encanta intercambiar chistes verdes o ganar un partido de paciencia china —una victoria difícil, pero valiosa— y cuando gano me gusta invitar a todos con cerveza. De todos modos, basta ya de todo eso.

Japheth nos sirvió, y empezamos a charlar sobre la guerra. El lisiado Politemes afirmó que de tratarse de una guerra, la movilización ya habría empezado, pero Paral objetó eso diciendo que si era una guerra, nosotros no sabríamos nada. No me gusta hablar de la guerra, y habría preferido pasar al tema de las pensiones, pero quién soy yo para...

Politemes apoyó su muleta sobre la mesa y le preguntó a Paral cuánto sabía de la guerra personalmente. Paral se encogió de hombros y Politemes finalmente perdió la paciencia. Luego, cuando hubo desahogado su mal humor, pasó a recordar el ataque de tanques que todos habíamos rechazado en la nieve.

Nos calmamos, y yo decidí almorzar. Normalmente, la comida de Japheth es muy buena, pero hoy su sopa de fideos *a la maison* olía desagradablemente a aceite barato, y se lo dije a Japheth. Resultó que Japheth había estado sufriendo un dolor de dientes durante los últimos tres días, y era tan intenso que no podía probar lo que estaba preparando.

—¿Recuerdas cómo te saqué uno de tus dientes, Feb? —me preguntó sombríamente.

¡Cómo podría olvidarlo! Fue hace mucho tiempo, cuando estábamos en séptimo grado y los dos pretendíamos a Ifigenia y nos peleábamos por ella todos los días. ¡Mi Dios, los días en que podía pelear están muy lejanos, ahora! Según parece, Ifigenia se casó con un ingeniero del sur y ya tiene nietos y sufre del corazón.

Cuando pasé frente a la casa del señor Laemedontes, en camino hacia lo de Aquiles, allí estaba parado ese horrible auto rojo con las ventanillas blindadas, y ese vil asesino que siempre se burla de mí estaba sentado, fumando, detrás del volante. Cuando empezó con su abuso habitual me vi obligado a cruzar con aire digno hacia el otro lado de la calle, sin

prestarle ninguna atención. Aquiles estaba sentado, en actitud pretenciosa, detrás de la caja registradora, hojeando su *Cosmos*. Desde el día en que consiguió esa estampilla triangular azul con sello plateado, se ha tomado la costumbre de tomar el álbum, como si fuera por azar, tan pronto como yo entro. Me resulta fácil adivinar sus intenciones, de manera que pongo cuidado para no demostrar ninguna reacción. Aunque, para decir la verdad, siempre consigue que la sangre se me junte en el corazón. Mi único consuelo es que la estampilla triangular está sellada. Se lo dije:

—Sí, Aquiles, no hay ninguna duda... es muy linda. Lástima que esté sellada. —Pareció enojado, y murmuró algo acerca de uvas verdes.

Pero, en general, pasamos el tiempo muy bien juntos. Trató de persuadirme de que los fuegos artificiales de ayer eran, en realidad, una radiación polar de una clase muy rara, que por mera casualidad tuvo el aspecto de un terremoto, y yo traté de hacerle entender lo de las maniobras y de la explosión en la fábrica de mermelada. No se puede discutir con Aquiles. Y es evidente que el hombre ni cree en lo que dice él mismo, y sólo discute por pura malicia. Se sienta allí como una estatua mongólica, mira por la ventana y repite lo mismo una y otra vez, insistiendo en el hecho de que no soy el único hombre de este pueblo, que entiende los fenómenos naturales. Por la manera en que habla, se podría suponer que en la facultad de farmacia los alumnos reciben instrucción en ciencias serias. No, con ningún miembro de nuestro grupo se puede llevar un tema a una conclusión racional.

Nuestra discusión terminó cuando Aquiles extrajo su preciosa botella, y los dos tomamos una copa de gin. Aquiles no tiene mucho trabajo. Tengo la impresión de que si no fuera por Madame Persefone, ni siquiera tendría dinero suficiente para gin.

También hoy ella envió a alguien.

—¿Puedo sugerirle un calmante para el estómago? —preguntó Aquiles en un delicado susurro.

—No —replicó la muchacha—. Madame prefiere algo más efectivo, por favor. —Ella se atreve a pedir algo más efectivo... El joven cocinero de Japheth vino corriendo a buscar unas gotas para los dientes, y aparte de ellos no vino más nadie, de manera que pudimos conversar a nuestro antojo.

3 de Junio. A veces me siento invadido por el terror cuando pienso que el problema de mi pensión no se resuelve. Me pongo interiormente tenso, y no puedo hacer nada.

¡Si tuviera algunos contactos! Bueno, en realidad, está uno de mis antiguos alumnos, que además es general, Alcimes, que está ahora en la cámara joven. ¿Será conveniente que le escriba? Es seguro que me recordará: tuvimos montones de esos estúpidos conflictos que a los alumnos les encanta recordar una vez que se han vuelto adultos. Caramba, le escribiré. Empezaré la carta muy simplemente: «Hola, joven. Aquí me tienes, ya un anciano...» Esperaré un poco y luego escribiré.

Hoy pasé todo el día en casa: ayer Hermione fue a visitar a su tía y volvió con un gran paquete lleno de estampillas. Clasificarlas me dio gran satisfacción. Es una ocupación incomparable... algo así como una luna de miel interminable. Resultó que había varios ejemplares realmente buenos, aunque todos sellados, y necesitarán que los retoque. Myrtil ha armado una carpa en el patio de su casa y está viviendo allí con toda la familia. Estuvo alardeando que podía recoger sus pertenencias y marcharse en diez minutos. Dijo que aún no había comunicación con Maratón. Sin duda está mintiendo. Minotauro, borracho como una cuba, chocó su sucio camión contra el auto rojo del señor Laemedontes, y tuvo una pelea con el chofer. Los dos fueron llevados a la comisaría. Luego, a Minotauro se lo tuvo detenido hasta que se recuperó, y según parece, el chofer fue llevado al hospital. Hay un poco de justicia en el mundo, después de todo. Artemida está en casa, sentada, quieta como un ratón; Charon debe volver en cualquier momento, ahora. No le voy a decir nada a Hermione. Puede ser que todo se arregle solo. ¡Si pudiera cobrar la primera cuota de mi pensión!

4 de Junio. Acabo de leer el diario de la tarde, pero aún no puedo entender nada. No hay ninguna duda, hubo alguna especie de cambio. ¿Pero qué, exactamente? ¿Y como resultado

de qué sucesos? A nuestros diarios les gusta decir mentiras, eso es todo.

Esta mañana tomé una taza de café, y luego fui a *Los Cinco Tañidos*. Era una mañana linda, templada. (Temperatura, 18ºC; densidad de las nubes, 0 grados; vientos del sur, 4 kilómetros por hora, según mi propio medidor). Tan pronto como atravesé el portón del jardín vi que Myrtil estaba ocupado con su carpa, a la que había extendido en el suelo. Le pregunté qué estaba haciendo.

—Está bien, está bien —respondió en tono de gran irritación—. Ustedes tienen todas las respuestas. Siéntense a esperar que vengan a terminar con todos ustedes, si así lo desean.

No tengo confianza en lo que dice Myrtil, pero semejantes palabras siempre me sobresaltan.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido ahora? —le pregunté.

—Los de Marte —me respondió brevemente, y empezó a plegar la carpa entre sus rodillas. No entendí en seguida lo que me decía, puede ser que por eso la extraña palabra me haya hecho sentir un frío en el corazón, como si se avecinara algo terrible e insuperable. Mis piernas se aflojaron y me senté en el paragolpes del camión. Myrtil no dijo nada más, sólo resoplaba y jadeaba.

—¿Qué fue lo que dijiste? —le pregunté. Envolvió la carpa, la arrojó dentro de una canasta y encendió un cigarrillo.

—Los hombres de Marte han atacado —dijo en un susurro—. Es el fin para todos nosotros. Dicen que Maratón fue totalmente arrasada, y que en una noche murieron diez millones... ¿puedes imaginártelo? Y ahora están en nuestra municipalidad. Se han hecho cargo del poder, y eso es todo. Ya nos han prohibido que sembremos nuestras cosechas, y ahora la gente dice que nos van a sacar nuestros estómagos. Te imaginas, necesitarán nuestros estómagos para una u otra cosa. Bueno, no voy a esperar eso... necesito mi estómago para mí. Cuando me enteré de todo eso, lo decidí en seguida... estos nuevos regímenes no son para mí. El resto de ustedes puede irse al demonio, por lo que me importa, pero yo me voy a la granja de mi hermano. Ya mandé a mi mujer y a mis hijos en el ómnibus. Lo pasaremos allá, veremos qué es lo que ocurre, y luego decidiremos qué hacer.

—Espera un minuto —le dije, comprendiendo que se trataba obviamente de un montón de mentiras, pero de todos modos sintiéndome más débil a cada momento—. Espera un minuto, Myrtil. ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Quién nos atacó? ¿Quién arrrasó Maratón...? Tengo a mi yerno allá en este momento.

—Tu yerno está perdido —dijo Myrtil en tono compasivo, y arrojó la colilla de su cigarrillo—. Puedes hacer de cuenta que tu hija es viuda. Ella puede entenderse libremente con el secretario, ahora. Bien, me voy. Adiós, Apolo. Siempre nos llevamos bien. No tengo ninguna queja contra tí, y tú... bien, acuérdate de mí.

—¡Buen Dios! —grité desesperado, ya sin ninguna resistencia—. ¿Pero quién ha atacado?

—¡Los hombres de Marte, los hombres de Marte! —dijo, volviendo a susurrar—. ¡Desde allí!, señaló con un dedo el cielo—. Vinieron de un cometa.

—¿Tal vez quieres decir los marcianos? —pregunté esperanzado.

—Está bien, está bien —dijo, subiendo a la cabina—. Tú eres el maestro, sabes más. Pero, en lo que a mí respecta, no hace ninguna diferencia saber quién es el que me está arrancando las tripas...

—Por Dios, Myrtil —dije, cuando finalmente pude entender a qué se refería con todas esas tonterías—. ¿Cómo puedes comportarte así? Eres un hombre viejo, con nietos. ¿Qué marcianos puede haber cuando Marte es un planeta sin vida? No hay vida en Marte, eso es un hecho científico.

—Está bien, está bien —murmuró Myrtil, pero era evidente que estaba empezando a tener dudas—. ¿Qué otros hechos tienes escondidos en las mangas?

—Basta ya con tus «está bien». Esa es la pura verdad. Pregúntale a cualquier estudioso. Ni siquiera necesitas preguntarle a un estudioso, ¡cualquier muchacho de la escuela lo sabe!

Myrtil gruñó y descendió de la cabina.

—Que el demonio se los lleve a todos —exclamó, rascándose la nuca—. ¿A quién se debe escuchar? ¿Debo escucharte a tí? ¿O debo escuchar a Panderei? No puedo entender nada de

todo esto. —Escupió y entró en su casa.

Decidí volver a casa y telefonear a la policía. Panderei estaba muy ocupado... Minotauro había roto las rejas de su celda y había huido, de manera que ahora él, Panderei, debía organizar la búsqueda. Dijo que alguna gente había llegado a la municipalidad hacía una hora y media aproximadamente, autoridades procedentes de alguna parte, y hasta era posible que fueran marcianos. Corrían ciertos rumores de que se trataba de marcianos, pero no se habían recibido órdenes de extraer estómagos y, de todos modos, él no estaba muy interesado en los marcianos, ya que, en su opinión, un Minotauro solo significaba más problemas que todos los marcianos juntos.

Me apresuré hacia *Los Cinco Tañidos*. Casi todo nuestro grupo estaba apiñado en torno de la entrada a la municipalidad y se discutía con violencia acerca de unas marcas extrañas en el polvo. Las había hecho uno de los marcianos que acababan de llegar... en realidad, eso era todo lo que sabían. Morfeo repitió una y otra vez que ni siquiera él, peinador y masajista, veterano, había visto nunca tales monstruos.

—Arañas —dijo—. Grandes arañas peludas. Los machos tienen pelo y las hembras no. Caminan sobre sus patas traseras y aferran las cosas con sus patas delanteras. ¿Has visto las marcas? ¡Es terrible! Parecen agujeros. Por aquí es por donde ha pasado caminando.

—No ha pasado caminando —dijo Silen sobriamente—. La fuerza de gravedad es mayor sobre la tierra, como Apolo puede confirmarlo, lo que significa que ellos simplemente no pueden usar sus patas para caminar. Tienen soportes especiales para caminar, y son los soportes los que dejan las marcas en el polvo.

—Exacto, soportes —corroboró Japheth. Sus mejillas estaban cubiertas por un vendaje y hablaba de manera poco clara—. Sólo que no son soportes. Es un vehículo especial el que usan... lo he visto en el cine. Sus vehículos no se mueven sobre ruedas sino sobre palancas... algo como soportes.

—Nuestro tesorero ha perdido la razón otra vez —dijo Paral—. La última vez fue el llamado de una fuerza extraña, la vez anterior fueron las langostas, y esta vez ha elegido la idea de los marcianos... mas de acuerdo con la época; tiene que ver con la asimilación de las extensiones cósmicas.

—No puedo mirar esas marcas y quedarme tranquilo —repitió Morfeo—. Es terrible. Bien, muchachos, vayamos a tomar un trago, ¿eh?

Kalaid, que había estado luchando consigo mismo largo rato, finalmente tartamudeó:

—Ha-a-ce b-b-buen t-t-tiem-p-po hoy, a-a-amig-g-gos. ¿D-d-dur-m-mieron b-b-bien? —A causa de su defecto en el habla, siempre está desfasado con respecto a los sucesos. De todos modos, es un veterano y pudo haber tenido algo interesante que decir sobre las marcas.

—Y Myrtil ya se ha marchado —dijo Dimant, emitiendo una risita estúpida—. «Adiós, Dimant» me dijo, «siempre fuimos buenos amigos. Cuida mi estación de servicio, y si ocurre algo, quémala antes de que la tomen los enemigos»

En ese punto yo pregunté cautamente qué noticias había de Maratón.

—Dicen que Maratón fue arrasada hasta los cimientos —dijo Dimant en seguida—. Parece ser que han telefoneado desde allá ofreciendo la paz.

Estaba totalmente convencido de que todo eso era un estúpido rumor, y estaba a punto de hablar desaprobándolos, pero en ese momento aulló una sirena policial y todos nos dimos vuelta.

Zigzagueando como una liebre, vacilante, lastimado y con el rostro hinchado, Minotauro se acercaba a la carrera a través de la plaza; detrás de él, en encarnizada persecución, venía Panderei en un jeep policial. Panderei estaba parado, apoyado en el parabrisas; gritaba algo y esgrimía un par de esposas.

—Eso es... lo atrapará ahora —comentó Morfeo.

—¿Cómo puedes decir eso? —objetó Dimant—. ¡Mira lo que está haciendo!

Minotauro se había acercado corriendo a un poste del telégrafo, se aferró a él con brazos y piernas, y empezó a trepar. Pero Panderei ya había saltado del jeep y lo asía con fuerza de los pantalones. Con la ayuda del agente de policía consiguió desprenderlo del poste, lo arrojó dentro del jeep y le puso las esposas. Después, el agente se llevó a Minotauro en el jeep y

Panderei, secándose la transpiración con el pañuelo y desabotonándose la chaqueta del uniforme caminó hacia nosotros.

—Ahí tienes, lo ha apresado —dijo Morfeo, volviéndose hacia Dimant.

Panderei se acercó y preguntó qué noticias había. Se le comentó lo de las marcas que dejaran los marcianos. Rápidamente se echó al suelo y se embarcó en el examen de las pruebas circunstanciales. Llegué a sentir un involuntario respeto por él, porque de inmediato se pudo ver en sus ojos un entendimiento realmente profesional: miró las marcas desde el costado, y no tocó nada con las manos. Tuve el presentimiento de que todo se explicaría ahora. Panderei se movió por toda la extensión de las marcas como un pato, sacudiendo su grueso trasero, mientras repetía:

—Aja, muy claro. Aja muy claro...

Esperamos en un silencio lleno de impaciencia; sólo Kalaid trató de decir algo, y consiguió emitir un silbido. Por último Panderei se enderezó con un gruñido, y vigilando la plaza como si esperara descubrir algo, dijo abruptamente:

—Dos de ellos. Llevaron dinero en una bolsa. Uno de ellos tiene un bastón con un estilete, el otro fuma «Astra».

—Yo también fumo «Astra» —dijo Paral.

De inmediato, Panderei fijó sus ojos en él.

—¿Dos qué? —preguntó Dimant—. ¿Marcianos?

—No pensé que lo hubieran hecho los locales, al principio —dijo Panderei lentamente, sin quitar la vista de Paral—. Al principio pensé que eran los muchachos de Milese. Sé cómo son.

En ese punto, Kalaid estalló:

—N-n-no. N-n-no p-p-pue-d-des at-t-traparlo en un a-a-auto.

—¿Y cómo pueden ser marcianos? —dijo Dimant—. No entiendo...

Panderei, ignorando las preguntas directas, como antes, miró a Paral de arriba abajo.

—Dame tu cigarrillo, viejo —dijo.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Paral.

—Quiero ver cómo lo muerdes —anunció Panderei—, y también quiero saber dónde estabas entre las seis y las siete de esta mañana.

Todos miramos a Paral, y éste dijo que, en su opinión, Panderei era el tonto más grande del mundo, con la excepción del cretino que lo había tomado en la fuerza policial. Nos vimos obligados a estar de acuerdo con él, y empezamos a palmear a Panderei, diciéndole:

—Sí, Panderei, has dicho un disparate, viejo. ¿No puedes entenderlo, viejo? Estas son marcas de marcianos. ¡No se trata de uno de tus limpiadores de letrinas! —Panderei empezó a hincharse por la indignación.

Pero en ese momento, el lisiado Politemes salió de la municipalidad e irrumpió en medio de nuestro regocijo.

—Es un asunto muy feo, muchachos —dijo en tono preocupado—. Los marcianos están avanzando. Han tomado Milese. Nuestros hombres se están retirando, ¡queman las cosechas y destruyen los puentes detrás de sí! —Mis piernas volvieron a aflojarse y ni tuve fuerza suficiente para arrastrarme hasta un banco y sentarme—. Han hecho un aterrizaje en el sur, dos divisiones —gruñó Politemes—. ¡Pronto estarán acá!

—Ellos ya han estado acá —dijo Silen—, sobre unos soportes especiales, como palancas. Mira, acá están sus marcas...

Politemes no les echó más que una mirada, y entonces dijo, indignado, que esas eran sus marcas, y de inmediato todos comprendimos que, en realidad, eran suyas. Me sentí muy aliviado. Pero tan pronto como hubo entendido, Panderei se abotonó la chaqueta de arriba a abajo y, mirando por encima de nuestras cabezas, gritó:

—¡Basta ya, todos ustedes! ¡Circulen! En nombre de la ley.

Fui a la municipalidad. El lugar estaba inundado de cierta especie de bolsas chatas, que estaban apiladas junto a las paredes del corredor, en los rellanos e incluso en la sala de recepción. De esas bolsas se desprendía un olor raro, aunque las ventanas estaban todas abiertas; pero aparte de eso, todo lo demás estaba como de costumbre. El señor Nikostratos estaba sentado a su escritorio, lustrándose las uñas. Con una extraña sonrisa y pronunciando

las palabras en forma poco clara, me dio a entender que, en el cumplimiento de sus funciones, no estaba autorizado a difundir información relativa a los marcianos, pero que podía afirmarse positivamente que todo eso no influía en el asunto de mi pensión. Una cosa era segura: de ahora en adelante no sería provechoso sembrar trigo en nuestra región, pero iba a ser muy conveniente sembrar un nuevo cereal, que contenía lo que él describía como «propiedades universales». La semilla se guardaba en esas bolsas, y de hoy en adelante empezarían a repartirla entre las fincas de los alrededores.

—¿De dónde han traído esas bolsas? —pregunté.

—Fueron suministradas —replicó en un tono impresionante.

Me sobrepuse a mi timidez y pregunté quién las había suministrado.

—Personajes oficiales —dijo, se incorporó detrás de su escritorio, se excusó, y con su paso lento fue hacia el despacho del alcalde.

Salí a la oficina general y charlé con los dactilógrafos y los guardias por un rato. Aunque pueda parecer extraño, ellos confirmaron casi todos los rumores acerca de los marcianos, pero no me dieron la impresión de tener informaciones genuinas. ¡Oh! ¡Ya he tenido demasiado de esos rumores! Nadie los cree, pero todo el mundo los repite. Esto significa que aun los hechos más simples están distorsionados. Por ejemplo, Politemes afirmaba que los puentes habían sido destruidos. ¿Y qué había pasado, en realidad? Alguien lo había visto por la ventana y lo había llamado para que fuera a reparar una máquina de escribir en la oficina del alcalde. Mientras trabajaba, y divertía a las chicas contándoles cómo había perdido la pierna, entró el alcalde, estuvo parado por un momento, escuchó con expresión pensativa en el rostro, y dijo en tono ambiguo:

—Sí, señores, nuestros puentes parecen haber sido quemados —y luego volvió a su oficina, desde donde en seguida pidió sándwiches de sardina y una botella de cerveza Fargosskii. Pero Politemes les explicó a las chicas que las tropas en retirada generalmente destruyen los puentes tras de sí, para obstruir el avance del enemigo. El resto es simple. ¡Qué estupidez! Decidí que era mi deber explicarles a los empleados de la municipalidad que la frase secreta pronunciada por el alcalde sólo quería decir que se había tomado alguna decisión irrevocable. Naturalmente, en sus rostros muy pronto se notó el alivio, pero mezclado, también, con un poco de decepción.

No se veía a nadie en *Los Cinco Tañidos*; Panderei los había echado a todos. Sintiéndome casi completamente tranquilizado ya, fui a ver a Aquiles. Quería comentarle mis últimos descubrimientos y también tantear el terreno con respecto a la serie de arquitectura: tal vez él aceptara la manchada, ya que era imposible conseguir una que no tuviera marcas; ¡después de todo, él guarda las estampillas selladas! Pero también Aquiles estaba deprimido por los crecientes rumores. Contestó a mi propuesta con aire ausente, diciendo que lo pensaría. Luego, sin siquiera advertir su importancia, me dio una idea excelente.

—Los marcianos son una nueva potencia —dijo—. Tú sabes, Feb, una nueva potencia significa nuevas estampillas.

Me sorprendió mucho que esa idea, tan simple, no se me hubiera ocurrido. Seguramente, aun cuando los rumores fueran ciertos sólo en parte, el primer acto racional de esos míticos marcianos sería el de emitir sus propias estampillas, o por lo menos, el de sobreimprimir nuestras viejas estampillas. Apresuradamente me despedí de Aquiles y enfilé hacia el correo. ¿Cuándo aprenderemos, por fin, a no creer en rumores? En realidad, se sabe muy bien que Marte tiene una atmósfera sumamente rarificada, que su clima es muy duro y que el agua —base de la vida— apenas si existe allá. Hace mucho tiempo que se desvanecieron por completo los mitos acerca de los canales marcianos, que resultaron ser una mera ilusión óptica. En fin, todo esto me recuerda el pánico del anteaño pasado, cuando el lisiado Politemes corría por el pueblo con una escopeta, gritando que un tritón caníbal gigantesco se había escapado del zoológico de la capital. Esa vez Myrtil fue tan astuto que trasladó su casa completa, y demoró dos semanas para decidirse a volver al pueblo.

La obscura inteligencia de mis conciudadanos, embotada por una vida monótona, da origen a las imágenes más fantásticas, toda vez que ocurre algo que se aparta mínimamente de lo habitual. El mundo de nuestro pueblo es como un gallinero sumido en el sueño; sólo es

necesario rozar accidentalmente el plumaje de algún pollo que duerme en su vara para que de inmediato se desencadene un inefable pandemonio. Toda la cría revolotea, picoteando y convirtiendo al gallinero en un caos. Pero, en mi opinión, la vida ya es bastante conflictiva tal como es.

Todos deberíamos tener más cuidado con nuestros nervios. Considero que estos rumores son más perjudiciales para la salud que el cigarrillo. Esto lo probó un autor que disponía de los datos necesarios. Además, escribió que la fuerza recíproca del rumor inquietante era directamente proporcional a la ignorancia de las masas. Y eso es cierto, aunque debo admitir que aun los más educados de nosotros sucumbimos con sorprendente facilidad al ánimo general, y estamos dispuestos a ir a cualquier parte junto a la multitud aterrorizada.

Había decidido explicar todo esto a nuestro grupo, pero en mi camino hacia el bar noté que se había vuelto a congregar un grupo en *Los Cinco Tañidos*, cambié de dirección y fui hacia allá, y pronto me convencí de que los rumores ya habían delatado su naturaleza destructiva. Nadie quería escuchar mis razonamientos. Todos estaban insoportablemente excitados, y los veteranos blandían sus armas. Alguien me explicó que los soldados de los cuarteles del 88 regimiento de infantería habían sido licenciados y tenían una historia extraordinaria para contar.

La noche que precedió a la de ayer, el regimiento fue despertado por un llamado de alarma, y había pasado un tiempo —para ser precisos, hasta la mañana— acampado en vehículos blindados y camiones en la plaza, preparado para la acción. Por la mañana se suspendió la alarma, y ayer por la tarde todo estuvo normal. Pero anoche ocurrió exactamente lo mismo, con una excepción, sin embargo: por la mañana, el coronel de estado mayor había llegado al cuartel en helicóptero, les había ordenado que reestructuraran el regimiento como castigo y, sin siquiera bajar de su helicóptero, había pronunciado un largo discurso, completamente ininteligible, después de lo cual se marchó, y luego casi todo el regimiento fue licenciado. Sin embargo, debo agregar que los soldados, que ya se habían puesto bastante alegres en lo de Japheth, hablaban con suma claridad, y de tanto en tanto empezaban a cantar la grosera canción «Niotae, Niobe, ven a acostarte junto a mí». De todos modos, era evidente que en el discurso del coronel de estado mayor no se había pronunciado una sola palabra acerca de los marcianos. En realidad, el coronel habló sólo de dos cosas: el deber patriótico del soldado, y sus propios jugos gástricos; luego, de manera un tanto evasiva, había conseguido unir los dos conceptos. Los soldados mismos no habían entendido todas esas sutilezas, sino que interpretaron otra cosa: de ese día en adelante, a todo aquel a quien el sargento pescara con la goma de mascar «Narko» o con un cigarrillo «Opi», se vería confinado en la celda de los castigos y quedaría ahí para que se pudriera por diez días y diez noches. Tan pronto como el coronel se hubo marchado, el comandante del regimiento, lejos de olvidar el castigo, había ordenado a los suboficiales y a los sargentos que realizaran una profunda inspección del cuartel, con el objeto de retirar todos los cigarrillos y la goma de mascar que contuvieran elementos tóxicos. Aparte de eso, los soldados no sabían nada y no querían saber nada más. Tomándose entre sí por los hombros, empezaron a cantar con un aire tan amenazador «Niobe, Niobe, ven a entregarte a mí», que retrocedimos rápidamente y los dejamos solos.

Para entonces Politemes ya se había subido a un banco con su muleta y su escopeta y gritaba que los generales nos habían traicionado, que había espías por todas partes, que los verdaderos patriotas debían reunirse en torno de la bandera, que patriotismo era lo que hacía falta, etcétera. Ese Politemes no puede vivir sin patriotismo. Puede vivir sin una pierna, pero no puede hacer nada sin patriotismo. Al final se puso ronco, y dejó de gritar para poder terminar su cigarrillo. Hice un intento para que nuestro grupo entrara en razón. Empecé diciéndoles que no había, y no podía haber, vida en Marte, que todo era pura invención. Sin embargo, una vez más me impidieron continuar. Primero, Morfeo me puso el diario de la mañana bajo las narices, abierto en la página donde aparecía el artículo «¿Hay vida en Marte?». En ese artículo se ponían en irónica duda todos los conocimientos científicos anteriores; cuando, sin amilanarme, traté de discutir el artículo, Politemes se abrió paso hasta mí, me tomó por la solapa y me dijo, en un silbido amenazante:

—¿Te estás olvidando de tu vigilancia, verdad, espía marciano? ¡Pelado de mierda! ¡Al

paredón, contigo! No puedo soportar que la gente me trate de esa manera.

Mi corazón empezó a palpitar con violencia y grité llamando a la policía. ¡Pura truhanería! Nunca le perdonaré eso a Politemes. ¿Quién se cree que es? Conseguí liberarme, le dije cerdo lisiado y me fui al bar.

Fue agradable que me persuadieran de que los gritos patrióticos de Politemes molestaban también a los otros. Algunos de los del grupo se habían reunido en el bar. Todos se habían ubicado alrededor de Kronid, el archivista, y por turno lo iban invitando con cerveza, mientras trataban de extraerle información respecto de la visita de los marcianos de esa mañana.

—No tenían nada de especial —comentó Kronid, moviendo sus ojos con cierta dificultad—. Bien, no son más que... marcianos. Uno de ellos se llamaba Calchand, el otro Elias, los dos del sur, con narices grandes y largas así...

—Sí, sí, ¿pero cómo era el vehículo? —le preguntaron.

—Una máquina común, negra; vuela... No, no un helicóptero. Vuela, eso es todo. ¿Qué se creen que soy, un piloto o algo así? ¿Cómo podría saber cómo vuela...?

Almorcé y esperé que ellos lo dejaran solo, entonces pedí dos copas de gin y me senté junto a él.

—¿No hay novedades con respecto a las pensiones? —le pregunté. Pero Kronid ya no estaba en condiciones de entender nada.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas, apuraba copa tras copa como una máquina, y murmuraba:

—Marcianos... bien, sólo marcianos, uno de ellos llamado Calchand, el otro Elias... Máquinas negras... vuelan... No, no naves espaciales, Elias dijo... No yo, el piloto... —y luego se quedó dormido.

Cuando Politemes y su pandilla entraron en el bar, ostensiblemente me fui a mi casa. Myrtil no se había ido, al final. Una vez más había armado su carpa y estaba sentado preparando su comida en un anafe a gas. Artemida no estaba en casa; había ido a alguna parte sin decir nada, y Hermione estaba sacudiendo las alfombras. Me dediqué a retocar mis estampillas, para calmarme. Es agradable pensar en el arte que he conseguido perfeccionar. No sé si algún otro podría distinguir entre mi tinta especial y la tinta real, pero, en todo caso, Aquiles no puede.

Y ahora los diarios del día. En la actualidad, los diarios resultan sorprendentes. Casi todas las páginas están dedicadas a las opiniones de diferentes especialistas médicos, relativas a los modos racionales de nutrición. Se discuten las preparaciones medicinales que contienen opio, morfina, y cafeína con afectada indignación. ¿Entonces qué, si tengo dolores de hígado ahora, se supone que debo aguantarlos? Ni uno solo de los diarios tiene una sección dedicada a la filatelia, no hay ni una palabra sobre fútbol, y lo que es más, todos los diarios han impreso el mismo artículo largo, sin sentido, sobre la importancia del jugo gástrico. Cualquiera pensaría que yo soy incapaz de comprender cuál es la importancia de los jugos gástricos si ellos no me lo informan. Ni un solo cable del exterior, ni una sola palabra sobre el embargo... en cambio, un largo artículo sobre el trigo. Dicen que no hay vitaminas suficientes en el trigo, y aparentemente, el trigo se infecta con facilidad. Un tal Martius, profesor de agricultura, ha conseguido convencerse a sí mismo de que la historia de mil años de cultivo del trigo y de otros cereales útiles (avena, cebada, maíz) representa un error universal por parte de la humanidad, aunque no es demasiado tarde para corregir ese error. No sé demasiado sobre el trigo, cualquier especialista podría hablar mejor que yo, pero el artículo estaba escrito en un intolerable tono crítico, para no decir petulante. Es fácil advertir de inmediato que ese Martius es un típico sureño... un nihilista y un agitador.

Las doce, ya, y ni señales de Artemida aún. Ella no está en la casa y no hay señales suyas en el jardín, y además de todo lo otro, las calles están llenas de soldados borrachos. Por lo menos, podría haber telefoneado para decir dónde estaba. Deberé soportar el chubasco... Hermione aparecerá para preguntarme qué pasa con Artemida. No tengo idea de lo que debo responderle. Simplemente, no sirvo para ese tipo de conversaciones. La pregunta es: ¿cómo llegué a tener semejante hija? La otra, muerta ahora, era una muchacha modesta. Se divertía un poco de vez en cuando, con el arquitecto del pueblo, y no era más que diversión eso... dos

o tres notas, una carta. Yo nunca he sido un gran perro, como diría Politemes. Aún recuerdo con horror mi visita a Madame Persefone. No, tales pasatiempos no son para un hombre civilizado. El amor, aun el más sensual, es un sacramento, y de ninguna manera es tan entretenido tener un asunto amoroso, ni siquiera con gente conocida y bien intencionada, como pretenden algunos libros. Mi Dios, por cierto no creo que Artemida esté en una orgía de bebidas y danzas bacanales en este mismo momento, pero podría haber telefoneado, por lo menos. La estupidez de mi yerno me sorprende. En su lugar, hace tiempo que me habría dado cuenta.

Estaba por cerrar mi diario personal e irme a la cama cuando se me ocurrió el pensamiento siguiente. Obviamente, Charon había tenido una buena razón para quedarse en Maratón. Es un pensamiento alarmante, pero creo que puedo adivinar lo que ha ocurrido. ¿Podrá ser realmente que se haya decidido? Ahora puedo recordar todas esas reuniones bajo mi techo, esos extraños amigos suyos con sus hábitos vulgares y sus maneras horribles... especie de mecánicos de voces rudas que bebían whisky sin soda y fumaban desagradables cigarrillos baratos. También había algunos agitadores de complexiones enfermizas que andaban en jeans y camisas chillonas y nunca se limpiaban los pies antes de entrar en la casa. Puedo recordar sus charlas sobre un gobierno mundial, una especie de tecnocracia, y esos impensables «ismos» el rechazo orgánico de todo lo que garantiza la paz y la seguridad para el hombre común. Lo recuerdo todo ahora, y ahora entiendo lo que ha ocurrido. Sí, mi yerno y sus compañeros eran extremistas, y esto es lo que han hecho. Toda esta charla sobre los marcianos es, obviamente, la versión distorsionada de algo que ha ocurrido realmente. Los conspiradores siempre veneraron las palabras hermosas, de tono misterioso, y no se puede descartar la posibilidad de que se autodenominan «Marcianos» o, por ejemplo, «Sociedad para el mejoramiento de Marte» o, incluso, «El renacimiento marciano». Incluso el hecho de que el profesor de agronomía se llame Martius me parece muy significativo: es más que probable que él dirige el golpe. Lo que no puedo entender es la hostilidad de los putschistas hacia el trigo y su interés poco inteligente en los jugos gástricos. Seguramente, se trata de una maniobra para distraer a la gente y dejar perplejo al público.

Si por lo menos Charon tiene la sensatez de no quedarse en los últimos rangos, entonces tengo asegurada una pensión de primera categoría.

5 de Junio. Anoche dormí mal. Primero, me despertó Artemida, que no volvió a casa hasta cerca de la 1. Me había decidido a hablar francamente con ella, pero todo quedó en la nada: me dio un beso y se encerró en su habitación. Tuve que tomar un sedante para calmarme. Me adormecí y soñé tonterías. Luego, a las 4 de la mañana, me despertaron de nuevo, ésta vez era Charon. Todo el mundo duerme, pero él le habla a toda la casa en voz alta, como si estuviera solo. Me eché encima la bata y fui a la sala. ¡Mi Dios, me asusté con solo mirarlo! Me di cuenta en seguida de que el golpe no había tenido éxito.

Estaba sentado a la mesa, devorando ávidamente todo lo que la adormecida Artemida le traía, y las partes grasosas de cierta clase de arma estaban desparramadas sobre la mesa, también, sobre el mantel. Estaba, sin afeitar, sus ojos rojos e inflamados, su pelo desordenado y apelmazado en guedejas, y tragaba su comida como un cuidador de letrinas. No tenía chaqueta, y me atrevo a decir que había llegado a la casa en ese estado. Ahora no quedaba nada en él del jefe de redacción de un periódico pequeño pero respetable. Su camisa estaba desgarrada y manchada, sus manos sucias, sus uñas rotas, y sobre su pecho se veían unas horribles cicatrices hinchadas. Ni siquiera se acordó de saludarme, apenas me miró con los ojos de un loco y murmuró, ahogándose con la comida:

—¡Por fin, basura!

Dejé pasar ese bárbaro saludo, ya que me di cuenta de que el hombre no estaba en sus cabales, pero mi corazón se estremeció y mis piernas se aflojaron de tal manera que no pude hacer otra cosa que sentarme en el diván. Artemida estaba muy asustada, aunque trataba de ocultarlo por todos los medios. No tuvimos una conversación, en el sentido normal de la palabra. Tratando en vano de controlar los latidos de mi corazón, le pregunté a Charon si había tenido un buen viaje. En respuesta, refunfuñó de modo casi ininteligible que había

tenido un viaje terrible.

Traté de cambiar el tema y dirigir la conversación por un cauce más pacífico, y le pregunté por el tiempo en Maratón. Me miró como si lo hubiera insultado mortalmente, pero en respuesta sólo gruñó mirando el plato. «Estúpidos idiotas». Obviamente, no convenía hablarle. Blasfemaba en modo horrible todo el tiempo, durante el curso de su comida y cuando, después de terminar de comer, despejó la mesa con el codo, empezó a clasificar, con renovado vigor, las partes del arma. En líneas generales, sonaba como esto: «Todo el podrido asunto está en un estado tan asqueroso que cualquier maldito podrido puede hacer lo que quiere con todo el podrido asunto sin que un solo maldito hombre mueva una mano para detener a los malditos en su podredumbre».

La pobre Artemida estaba parada detrás de él, retorciéndose las manos, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas. De tanto en tanto me miraba, implorante; ¿pero qué podía hacer yo? Yo mismo necesitaba ayuda... todo se había vuelto negro ante mis ojos, como un sudario, tal vez por el agotamiento nervioso. Sin dejar de blasfemar, acomodó las partes de su arma (que resultó ser un moderno instrumento defensivo militar), insertó un peine para cartuchos, y se puso de pie pesadamente, arrojando dos platos al suelo. Mi pobrecita Artemida, con su rostro pálido, se inclinó hacia él, que pareció serenarse un poco.

—Vamos, vamos, niñita —dijo, interrumpiendo sus blasfemias por un momento y pasando un brazo por los hombros de ella—. Podría llevarte conmigo, pero eso no te haría nada feliz. Sé muy bien cómo eres.

También yo me sentía acuciado por la necesidad de que Artemida encontrara ahora las palabras adecuadas. Como si hubiera recibido telepáticamente mis ideas, formuló lo que me pareció una pregunta muy importante:

—¿Qué nos va a pasar ahora? —De inmediato comprendí que, desde el punto de vista de Charon, esas eran palabras superfluas.

Encajó la automática bajo su brazo, palmeó a Artemida en el trasero y sonriéndose agradablemente dijo:

—No te preocupes, nenita, no va a ocurrir nada nuevo acá —después de lo cual marchó directamente hacia la puerta. Pero yo no podía dejarlo ir así, sin que diera una explicación.

—Un momento, Charon —dije, sobreponiéndome a mi debilidad—, ¿qué va a ocurrir ahora? ¿Qué van a tratar de hacernos?

Esta simple pregunta mía lo puso en un indescriptible estado de excitación. Se detuvo frente a la puerta, se volvió a medias con su rodilla contorsionada, y pronunció las extrañas palabras siguientes entre sus dientes:

—Si por lo menos un maldito infeliz preguntara qué debe hacer. Pero me..., cada bestia maldita sólo quiere saber qué es lo que le va a pasar. No se preocupe, tendrá su cielo en la tierra. —Con esas palabras se marchó, golpeando la puerta tras de sí, y un momento más tarde oímos el motor de su coche que se alejaba por la calle.

Durante la hora siguiente sufrí tanto como si hubiera estado en el infierno. Artemida tuvo lo que creí un ataque de histeria, aunque se parecía más a una explosión de ira incontrolable. Rompió toda la loza que quedaba sobre la mesa, hizo un bollo con el mantel y lo arrojó contra el televisor, golpeó con los puños sobre la puerta y con voz sofocada gritaba algo parecido a esto:

—¿De manera que soy tu pelele, no? Tu pelele, ¿verdad...? Y tú? ¿Y tú...? ¡Me importa un bledo de tí! ¡Puedes hacer lo que quieras, yo haré lo que se me ocurra...! ¿Entiendes...? ¿Entiendes...? ¿Entiendes...? ¡Vas a volver a mí de rodillas...!

Tal vez yo debí darle un poco de agua, darle unos golpecitos en las mejillas y todo eso, pero yo mismo yacía postrado en el diván y no hubo nadie que me trajera una tableta de validol. Finalmente Artemida corrió a su habitación, sin prestarme ninguna atención, y cuando hube descansado un poco conseguí arrastrarme hasta la cama y perdí conciencia.

La mañana resultó nublada y lluviosa. (Temperatura, 17°C; densidad de las nubes, 10 grados; sin viento). Por suerte, dormía cuando Artemida tuvo que explicarle a Hermione las razones del caos en la sala. Sólo sé que hubo una gran disputa y que ahora las dos parecen

enojadas. En el rostro de Hermione se leía con claridad sus intenciones de darme una reprimenda, mientras servía el café, pero se contuvo. Sin duda debo parecer muy enfermo, y ella es una mujer de buen corazón; por eso la respeto. Después del café estaba tratando de reunir fuerzas para marchar a *Los Cinco Tañidos* cuando un joven mensajero apareció en escena, trayéndome lo que se denomina una citación, firmada por Politemes. Parece ser que soy uno de los miembros de la «Brigada Antimarciana Voluntaria del Pueblo», y ya se me ordenaba «Presentarse en la Plaza Concordia a las 9 de la mañana, provisto de un revólver o cualquier otra arma, y de raciones de alimentos para tres días», ¿Qué se cree que soy, un muchacho cualquiera? Por supuesto, no fui a ninguna parte, por una cuestión de principios.

Myrtil, que sigue viviendo en su carpa, me dijo que los agricultores habían estado llegando a la municipalidad desde el amanecer; recogieron bolsas del nuevo cereal y las llevaron para usarlas en sus fincas. Según parece, la cosecha de trigo del año, condenada a la destrucción, fue comprada por el gobierno en condiciones ventajosas, y se ofrecieron adelantos por la cosecha del nuevo cereal. Los agricultores sospechan las obscuras transacciones agrarias habituales, pero como no les exigen compromisos por escrito ni depósitos de dinero, no saben qué pensar. Myrtil me asegura (¡!) que no hay marcianos, porque es imposible la vida en Marte. Existe una nueva política agraria. De todos modos, Myrtil está preparado para irse del pueblo en cualquier momento, y además, ha ido a buscar una bolsa de la nueva semilla, por las dudas. Tal como ayer, no hay más que trigo y jugos gástricos en los periódicos. Si esto sigue así por más tiempo, voy a anular mi suscripción. Por la radio, sólo trigo y jugos gástricos, también. He dejado de escucharla, y sólo miro televisión, donde todo está igual que antes del golpe. El señor Nikostratos llegó en su auto, Artemida se apresuró a reunírsele, y se marcharon juntos. No quiero pensar en eso. Considerando que no se deja de hablar del trigo y de los jugos gástricos, se puede suponer que el golpe ha tenido éxito. Sin duda Charon, con su peculiar temperamento pendenciero, no habrá conseguido lo que deseaba, debe haberse peleado con la pandilla y ahora estará en la oposición. Me temo que nos veremos en dificultades por culpa suya. Cuando los locos como Charon se encuentran entre las manos un arma automática, disparan. Buen Dios, ¿es que llegará el día en que no tenga problemas?

6 de Junio. Temperatura, 16ºC; densidad de las nubes, 9 grados; vientos del sudoeste, 4 kilómetros por hora. Corregí el medidor de vientos.

7 de Junio. Todavía me duele el ojo, el párpado está hinchado y no puedo ver nada por él. Menos mal que es el ojo izquierdo. El colirio de Aquiles no sirve de mucho. Él dice que el hematoma se verá por lo menos durante una semana. Por el momento tiene un color azul rojizo, luego se pondrá verde, después amarillo y por último desaparecerá del todo. De todos modos, qué conducta cruel, inculta: pegarle a un anciano, que no había hecho más que una pregunta inocente. Si los marcianos empiezan así, Dios sabe cómo van a terminar. Pero lamentarse no servirá de nada... sólo queda una cosa por hacer: esperar que la situación se aclare. Mi ojo está tan dolorido que me resulta un esfuerzo recordar cuánto me gustó la calma mañana. (Temperatura, 20°C; densidad de las nubes, 0 grados; vientos del sur, 3,5 kilómetros por hora).

Cuando fui a la terraza, después del desayuno, para realizar algunas observaciones meteorológicas, noté con cierta sorpresa que los campos que están más allá del pueblo habían tomado una tonalidad azulada. A la distancia, los campos se fundían de tal manera con el azul del cielo que la línea del horizonte no se percibía, aunque el aire estaba encantadoramente claro y no había ni la mínima niebla. Esta nueva, semilla marciana ha brotado en forma notablemente rápida. Parece ser que eliminará por completo al trigo en cuestión de días.

Cuando me acercaba a la plaza vi que casi todo nuestro grupo, y además un gran número de personas del pueblo, tales como agricultores, que a esa hora deberían haber estado trabajando, y de escolares, que deberían haber estado jugando, se reunían alrededor de tres grandes furgones, que habían sido decorados con avisos y carteles de diferentes colores. Habría afirmado que se trataba de un circo viajero, en especial ya que los carteles invitaban a admirar a los incomparables volatineros y a otros notables héroes de la arena, pero Morfeo,

que ya estaba allí desde hacía un rato, me explicó que no se trataba de un circo, sino de un centro móvil para donantes. Dentro de los furgones había sondas y tubos especiales, y junto a cada equipo estaba sentado un joven vigoroso en delantal de médico; ellos invitaban a la gente a acercarse para que se les extrajera el exceso, que pagaban a un precio notablemente alto: cinco rublos por copa.

—¿Qué excesos? —pregunté. Se trataba de los excesos de jugo gástrico. El mundo entero estaba obsesionado por el jugo gástrico—. ¿Son realmente los marcianos? —pregunté.

—¿Qué marcianos? —replicó Morfeo—. No son más que individuos grandes, peludos. Uno de ellos perdió un ojo.

—¿Y qué prueba el hecho de que haya perdido un ojo? —objeté con toda naturalidad—. El miembro de cualquier raza, sea de la Tierra o de Marte, pierde la visión de un ojo si se lo lesiona. —No sabía, en ese momento, que mis palabras eran proféticas. Simplemente, la vanidad de Morfeo me irritó.

—Bien, nunca oí hablar de marcianos de un solo ojo —afirmó. La gente que estaba alrededor de nosotros escuchaba nuestra conversación, y en un arranque de vanagloria, Morfeo decidió que era necesario demostrar su dudosa reputación como polemista. ¡Sin embargo, no entiende la primera cosa del arte de la polémica!— Esos no son marcianos —anunció. Son individuos comunes de los suburbios de la capital. Puedes ver docenas de ellos en cada bar.

—Nuestra información acerca de Marte es tan limitada —dije con calma—, que sugerir que los marcianos son como los individuos de los bares suburbanos, por cierto, no contradice ninguna prueba científica.

—Eso es verdad —intervino un agricultor desconocido que estaba parado junto a nosotros—. Usted dijo eso de la manera más convincente, señor «no sé cuánto». Ese tipo de un solo ojo tiene el brazo tatuado hasta el codo, nada más que mujeres desnudas, además. Se arremangó el delantal y me impresionó con el tubo ese... yo pensé, no, no necesitamos tipos como éste.

—¿Entonces, qué dice la ciencia de los tatuajes marcianos? —preguntó Morfeo maliciosamente. Un golpe bajo; lo que se puede esperar de un peluquero. A mí no me vencen con esas artimañas.

—El astrónomo principal del observatorio de Maratón, el profesor Zefir —dije, mirándolo a los ojos—, no niega la existencia de ese hábito entre los marcianos en ninguno de sus muchos artículos.

—Eso es muy cierto —corroboró el agricultor—. Y los astrónomos usan anteojos, así que pueden ver mejor.

Morfeo tuvo que tragárselo todo. De pronto le dio un ataque de tos y, con las palabras:

—Necesito una copa de cerveza —se alejó del grupo. Yo me quedé, para ver si pasaba algo más.

Por algún tiempo no ocurrió nada. Todos se quedaban, mirando y charlando tranquilamente. Agricultores y comerciantes... una compañía de irresolutos. De pronto, alguien empezó a moverse. Un campesino se quitó el sombrero de paja, lo pisoteó con todas sus fuerzas, y gritó con toda su voz:

—Bueno, ¿y qué? Cinco rublos... ¿es dinero, no?

Con esas palabras, subió decididamente los escalones y entró por la puerta del furgón, de manera que todos pudimos ver su espalda, sucia y cubierta de plumas. Lo que decía y lo que preguntaba, no podíamos oírlo por la distancia. Sólo pude ver que, al principio, su posición era tensa, y luego pareció relajarse, empezó a moverse sobre uno y otro pie, metió sus manos en los bolsillos y, retrocediendo, sacudió la cabeza. Luego, cautamente descendió los escalones, sin mirar a nadie, recogió su sombrero, lo limpió con cuidado y desapareció en la multitud. Un hombre, por cierto muy alto y que en verdad tenía un solo ojo, apareció en la puerta del furgón. De no haber sido por su delantal blanco, con la banda negra que le atravesaba el rostro, su barba sin afeitar y sus peludos brazos tatuados, habría parecido el habitante criminal de una guardia de maleantes. Mirándonos sombríamente, se bajó con lentitud las mangas del delantal, sacó un cigarrillo y, encendiéndolo, dijo con voz ruda:

—Bien, entren. Cinco rublos por vez. Cinco rublos, por vez. Cinco rublos por cada vaso. ¡Dinero de verdad! Efectivo. ¿Cuanto tiempo tienen que sudar para ganarse cinco rublos? Aquí sólo tienen que tragarse un tubo, y ya está. Bien, ¿qué les parece?

Lo miré y me sentí perplejo ante la miopía de la administración. ¿Cómo podía alguien suponer que el hombre de la calle, aun el agricultor, estaba dispuesto a confiar su organismo a semejante asesino? Me aparté de la multitud y me dirigí a *Los Cinco Tañidos*.

Nuestro grupo ya estaba reunido; todos ellos tenían escopetas y algunos lucían bandas blancas sobre las mangas. El lisiado Politemes había conseguido encasquetarse su gorra militar y estaba pronunciando un discurso desde un banco, mientras el sudor brotaba de su rostro. Según él, la infame conducta de los marcianos se había tornado absolutamente intolerable; el corazón de todos los patriotas sangraba de angustia bajo el yugo opresor; y había llegado el momento, por fin, de rechazarlos de una vez por todas. Y eran los desertores y traidores, tragones y de grandes traseros, como Aquiles el químico, el cobarde Myrtil y ese cobarde de Apolo, afirmaba, los responsables de todo.

Mis ojos vieron todo rojo cuando oí las últimas palabras. Perdí por completo el habla y sólo recuperé mis sentidos cuando noté que, aparte de mí, nadie lo escuchaba a Politemes. No lo estaban escuchando a ese tonto lisiado, sino a Silen, quien acababa de llegar de la municipalidad y decía que de ese momento en adelante el pago de los impuestos sólo se aceptaría en jugo gástrico, y que había llegado un edicto de Maratón por el cual se ponía en pie de igualdad al jugo gástrico y al papel moneda. Ahora, aparentemente, el jugo gástrico será tan válido como la moneda, y todas las cajas y bancos estarán preparados para cambiarlo por dinero en efectivo.

Paral observó de inmediato:

—De manera que se ha llegado a eso. Han malgastado las reservas de oro y ahora tratan de asegurar el dinero con jugo gástrico.

—¿Cómo puede funcionar eso? —preguntó Dimant—. ¡No lo entiendo! ¿Quieres decir que habrá que llevar recipientes de vidrio especiales, en forma de bolsas portamonedas? ¿Y qué ocurre si les llevo agua en lugar de jugo gástrico?

—Escucha, Silen —dijo Morfeo—. Te debo diez rublos. ¿Los aceptarás en jugo? —Estaba totalmente transformado; nunca había tenido suficiente para un trago, y siempre tenía que pedir que alguien le pagara—. Esta es una gran época, muchachos —exclamó—. Por ejemplo, si deseo tomar una copa ahora, voy al banco, extraigo mis excesos, consigo dinero en efectivo y... derecho al bar.

En ese punto, Politemes empezó a gritar con renovado vigor:

—¡Los han comprado! —gritaba—. Se han vendido a los marcianos por jugo gástrico. ¡Se han vendido, y ahora ellos se pasean por el pueblo como si estuvieran en Marte!

En verdad, un vehículo muy extraño, de color negro, aparentemente desprovisto de ruedas, puertas o ventanas, se movía con lentitud y en total silencio por la plaza. Los chicos corrían tras él, gritando y silbando, y algunos trataban de treparse a la parte posterior, pero como era tan liso como un piano, no había de dónde aferrarse. Un vehículo muy extraño.

—No puede ser realmente un vehículo marciano, ¿verdad? —pregunté.

—¿A quién le pertenece, si no? —dijo Politemes en tono irritado— ¿Es tuyo?

—Nadie dice que sea mío —objeté—. Hay bastantes coches en el mundo, ¿por qué iban a pertenecer todos a los marcianos?

—¡Yo no digo que sean todos marcianos, viejo tonto! —exclamó Politemes—. Digo que los marcianos, los canallas, pasean por el pueblo como si les perteneciera. Y todos ustedes se han vendido a ellos.

Apenas me encogí de hombros, ya que no deseaba trenzarme con él, pero Silen le contestó secamente:

—Discúlpame, Politemes, pero tus gritos están empezando a cansarme. Y no sólo a mí. En mi opinión, todos hemos cumplido con nuestro deber. Nos hemos unido a la brigada, limpiamos nuestras escopetas; me gustaría saber qué más quieres.

—¡Patrullas! ¡Necesitamos patrullas! —dijo Politemes en tono lacrimoso—. Debemos cerrar las rutas. ¡No debemos permitir que los marcianos entren en el pueblo!

—¿Y cómo vas a impedir que pasen?

—Oh, vete al demonio, Silen. ¿Cómo voy a impedir que pasen? ¡Muy simple! Alto, ¿quién vive? ¡Deténgase o disparo!

No puedo soportar ese tipo de charla. No es un hombre... es un cuartel militar.

—Bueno, podríamos formar patrullas —dijo Dimant—. Pero nos resultará un poco difícil, ¿verdad?

—Eso no es asunto nuestro —dije con firmeza—. Silen, aquí presente, te dirá que eso es ilegal. Para eso está el ejército. Que el ejército forme las patrullas y se encargue de dispararles.

No puedo tolerar esos juegos militares, en especial cuando los dirige Politemes. Es como una especie de sadismo. Recuerdo cuando hicimos el aprendizaje para el caso de bombardeo atómico en el pueblo; para que pareciera más real, Politemes arrojó bombas lanzagases, para que nadie dejara de usar sus máscaras. Y la cantidad de gente que se intoxicó... una verdadera pesadilla. Además, él es un oficial subalterno, y no se le puede confiar nada. En una oportunidad irrumpió en una clase de gimnasia de la escuela, insultó al maestro con malas palabras y empezó a hacer una demostración del paso de ganso para los alumnos. Si lo asignan a una patrulla va a empezar a balear a todo el mundo con su escopeta, hasta que la gente se niegue a traer provisiones al pueblo. Si se le permite que enfrente a los marcianos, estos van a tomar la ciudad y la van a incendiar después. Pero, mi Dios, los hombres viejos son como los niños. Si se les dice que formen una patrulla... forman una patrulla. Escupí ostentosamente y me marché a la municipalidad. El señor Nikostratos se estaba lustrando las uñas y contestó a mis confusas preguntas aproximadamente así: dadas las nuevas condiciones, la policía económica del Gobierno estaba cambiando un tanto. De ahora en adelante, los llamados jugos gástricos desempeñarían un papel importante en los asuntos monetarios. Se podía esperar que, a corto plazo, los jugos gástricos fueran usados de la misma manera que el dinero. Aún no había instrucciones especiales con respecto a las pensiones, pero había buenas razones para suponer que una vez que se aceptaran los impuestos en jugo gástrico, entonces las pensiones, también, se pagarían en jugo gástrico. Mi corazón se estremeció, pero junté coraje y le pregunté al señor Nikostratos si me equivocaba al pensar que sus palabras significaban que ese jugo gástrico no era, literalmente, jugo gástrico, sino que representaba algún símbolo de la nueva política económica.

El señor Nikostratos se encogió de hombros y, sin dejar de examinar sus uñas, anunció:

—El jugo gástrico, señor Apolo, es jugo gástrico.

—¿Y para qué me sirve el jugo gástrico? —pregunté, totalmente desesperado.

Se encogió de hombros por segunda vez y observó:

—Usted sabe muy bien que el jugo gástrico, es vital para los seres humanos. —Me pareció indudable que el señor Nikostratos estaba mintiendo o me ocultaba algo. Me sentí tan desesperado que solicité una entrevista con el alcalde. Pero no me fue concedida. Luego, salí de la municipalidad y me enrolé en la patrulla.

Si a un hombre que ha prestado treinta años de intachable servicio en el campo de la cultura se le ofrece, como recompensa, un frasco de jugo gástrico, entonces ese hombre tiene el derecho a demostrar su insatisfacción tanto como lo desee. En realidad no tiene importancia si los marcianos tienen la culpa o no. No puedo tolerar la conducta anárquica, pero estoy dispuesto a tomar las armas por mis derechos. Y si bien todos pueden ver que mi protesta tiene un carácter puramente simbólico, pueden pensar y saber esto: no están tratando con un mudo animal. Por cierto, si los centros para donantes se sistematizaran, y si los bancos comunes y las cajas de ahorro realmente aceptaran el jugo gástrico a cambio de dinero, entonces yo tendría una actitud distinta hacia todo eso. Pero el único que habló de cajas de ahorro ha sido Silen, de modo que por el momento no se trata más que de un rumor inconsistente. En cuanto al asunto de los centros para donantes, Morfeo, quien se había enrolado en la patrulla y decidió celebrar el asunto sin más, se puso en manos del asesino de un solo ojo y volvió con ojos enrojecidos, llorosos, y mostrándonos una moneda nueva y brillante de cinco rublos, nos dijo que los furgones estaban por irse. Lo que significa que no se puede pensar siquiera en una sistematización: han venido y se han ido. Si uno consiguió dar

sus excesos... bien; si no, peor para uno. En mi opinión, es vergonzoso.

El lisiado Politemes nos ordenó al tartamudo Kalai y a mí que patrulláramos la Plaza Concordia y las calles adyacentes, de doce a dos de la mañana. Luego de darnos las tarjetas de identificación que hiciera Silen, me dio unos golpectios en la espalda con gran emoción y dijo: ¡La vieja guardia! No les daremos ninguna ayuda a esos sucios canallas, ¿verdad? Sabía que tú estarías con nosotros cuando llegara el momento.

Nos abrazamos y derramamos algunas lágrimas. Básicamente, Politemes no es un mal tipo; lo que ocurre es que pretende que la gente lo obedezca ciegamente. Lo cual es un deseo muy comprensible. Le pedí permiso para marcharme y fui a ver a Aquiles. Una patrulla está muy bien, pero uno debe tomar sus propias previsiones. Le pregunté a Aquiles qué eran los jugos gástricos, quién los necesitaba y cuáles eran sus usos, Aquiles dijo que uno necesita ese jugo para digerir adecuadamente el alimento y para nada más. No necesitaba que me dijera eso.

—Pronto estaré en condiciones de ofrecerte una gran dosis del llamado jugo gástrico —le dije—; ¿Lo aceptarás?

Dijo que lo pensaría y me propuso cambiarme mi serie zoológica incompleta por una estampilla aérea dentada. No hay duda, una estampilla dentada es bastante única, pero la que tiene Aquiles tiene dos sellos y está manchada de grasa. No sé. Realmente no sé.

Cuando salí de la farmacia, volví a ver el vehículo marciano. Tal vez era el mismo, y tal vez fuera otro. Transgrediendo todas las reglas de tránsito, se desplazaba por el medio de la calle, a la velocidad del paso de hombre, de manera que pude examinarlo muy bien; yo iba al bar, de modo que hice el mismo camino. Mi primera impresión pareció muy correcta; más que cualquier otra cosa, el vehículo se asemejaba a un gran piano polvoriento de contornos definidos. De vez en cuando, algo hacía una chispa debajo del vehículo, que se sacudía hacia arriba y hacia abajo, pero obviamente no se trataba de un desperfecto, porque seguía avanzando implacablemente, sin detenerse ni por un segundo. Aun de muy cerca no pude distinguir ninguna puerta o ventana. Pero lo que más me sorprendió fue la ausencia de ruedas. En verdad, mi complexión no me permitió agacharme lo suficiente para mirar debajo del vehículo. Probablemente habría ruedas debajo... sería muy raro que no hubiera ruedas.

De pronto, el vehículo se detuvo. Y muy exactamente, se detuvo frente a la villa del señor Laemedontes. Recuerdo que pensé con amargura... bien, para alguna gente en realidad no tiene importancia quién es, sea un nuevo presidente o un viejo presidente, los marcianos u otra gente. Toda nueva potencia siempre los trata con mucho mayor respeto y atención que lo que se merecen. En realidad, en cuanto a respeto, se merecen todo lo opuesto. Sin embargo, algo totalmente inesperado tuvo lugar entonces. Suponiendo de manera acertada que alguien se apearía del vehículo y que por fin podría echarle una mirada a un marciano vivo, me detuve en la esquina para mirar, junto con otros transeúntes, cuyos pensamientos obviamente coincidían con los míos. Para nuestro azoramiento y decepción, sin embargo, ningún marciano salió del vehículo, sino algunos jóvenes buenos mozos vestidos con chaquetas ajustadas y birretes idénticos. Tres de ellos se acercaron a la puerta de calle y llamaron, mientras otros dos, con sus manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, se ubicaron en poses descuidadas junto al vehículo, apoyándose sobre diferentes partes de éste. La puerta se abrió, los tres jóvenes entraron, y de inmediato se oyeron sonidos extraños y apagados desde adentro. Era como si uno de ellos hubiera empezado a mover los muebles de un lugar a otro y los demás hubieran comenzado a sacudir las alfombras con golpes mesurados. Los dos que habían quedado junto al vehículo no prestaban ninguna atención a los ruidos. Permanecieron en sus poses; uno de ellos miraba despreocupadamente la calle, mientras el otro, bostezando, dirigía su mirada hacia el primer piso de la casa. Cuando un momento después mi torturador, el chofer del señor Laemedontes, salió caminando lenta y cuidadosamente, como un ciego, por la puerta principal, los jóvenes no cambiaron su pose tampoco. Su rostro estaba blanco, su boca muy abierta, sus ojos desorbitados y vidriosos, y las dos manos oprimían el estómago. Llegó a la calle, dio unos pasos, se sentó con un gemido, quedó sentado por unos segundos, inclinándose cada vez más y luego cayó pesadamente sobre su espalda, retorcido, clavado al suelo, y permaneció con quietud mortal. Debo admitir que al principio no entendía nada. Todo se desarrolló con tanta rapidez, de un modo tan pacífico, tan perfecto, y dentro del marco

normal del ruido del pueblo, que al principio tuve la sensación de que se trataba de algo que debía ocurrir. No me sentí intranquilo ni intenté buscarle una explicación. Simplemente confié en esos jóvenes, que tenían un aspecto tan refinado y correcto... En ese punto, uno de ellos miró despreocupadamente al chofer echado, encendió un cigarrillo, y una vez más continuó su inspección del piso superior. Incluso me pareció que sonreía. Luego se oyó el sonido de pasos, y atravesaron la puerta, uno detrás de otro: un joven de chaqueta ajustada, que se limpiaba los labios con un pañuelo; el señor Laemedontes, en una lujosa bata oriental, sin sombrero y con esposas; el segundo joven de chaqueta ajustada, que estaba sacándose los guantes; y, finalmente, el tercer joven de chaqueta ajustada, cargado de armas. Con su mano derecha sostenía tres o cuatro metralletas contra su pecho, y en la mano izquierda llevaba varias pistolas, con los dedos insertados entre los seguros de las armas, y aparte de eso, de cada uno de sus hombros pendía una ametralladora. Sólo miré una vez al señor Laemedontes, y eso fue suficiente para mí: desde entonces tengo grabado en la mente la impresión de algo rojo, húmedo y pegajoso. Todo el grupo cruzó la vereda tranquilamente y se ocultó en el interior del vehículo. Los dos jóvenes que habían estado apoyados contra el lado lustroso del vehículo, se irguieron ahora casualmente, se acercaron al chofer yacente, lo tomaron cuidadosamente por los brazos y las piernas, lo balancearon un poco y lo arrojaron hacia la entrada de la casa. Entonces, uno de ellos tomó un papel de su bolsillo y lo prendió con cuidado debajo del timbre de la puerta, después de lo cual el vehículo, sin dar la vuelta, volvió a marchar a su velocidad anterior pero en dirección contraria. Los dos jóvenes que habían quedado, con el aire más modesto pasaron por entre el grupo reunido, que se separó para dejarlos pasar, y desaparecieron a la vuelta de una esquina.

Cuando me recobré del estupor, en el que me había sumergido la extrañeza y la rapidez de lo ocurrido, y redescubrí el poder de reflexión, experimenté algo parecido a un terremoto psicológico. Era como si un acto crucial de la historia se hubiera producido ante mis ojos. Estoy seguro de que los otros testigos experimentaron algo similar. Todos nos apiñamos frente a la puerta, pero nadie pudo reunir las fuerzas necesarias para entrar. Me puse los anteojos y, por encima de las cabezas de los otros, leí la proclama que habían colocado debajo del timbre. Decía: «¡Los narcóticos son el veneno y la desgracia de la nación! Ha llegado el momento de acabar con ellos. Los haremos desaparecer, y ustedes nos ayudarán. Castigaremos duramente a aquellos que trafican con los narcóticos.»

Si nuestro grupo hubiera estado presente, habríamos tenido tema de conversación para unas buenas dos horas, pero ahí todo el mundo susurraba y gruñía, incapaz de superar su timidez habitual.

—Yo, yo... yo...

—¡Pero, qué cosa...!

—Ohhh... ¡Mi Dios!

Alguien llamó a la policía y a un médico. Él doctor entró en la casa y empezó a atender al chofer. Luego apareció Panderei en el jeep policial. Se quedó frente a la puerta, leyó la proclama varias veces, se rascó la nuca e incluso miró a través de la puerta, pero era demasiado cobarde para entrar, aunque el médico lo llamaba a gritos, enojado, y le lanzó varios epítetos injuriantes. Se quedó parado en la puerta, apoyándose en uno y otro pie, metiendo sus manos debajo del cinturón e inflándose como un pavo. Con la aparición de la policía, la gente empezó a animarse un poco más y a hablar con mayor libertad.

—¿De manera que ese es el modo de operar, eh? Sí, acá se puede ver bien, muy claro... ¡Muy interesante, muy interesante, caballeros! Nunca lo hubiera creído...

Me sentí incómodo ahora que empezaban a soltar la lengua, y me hubiera gustado marcharme, pero la curiosidad me superaba.

En ese punto, Silen le dirigió a Panderei una pregunta:

—¿De manera que la ley ha triunfado, Pan? ¿Por fin se han decidido?

Panderei hizo un gesto significativo con los labios y dijo, en tono de duda:

—No creo que *nosotros* hayamos decidido esto.

—¿Cómo que *ustedes* no lo hicieron? ¿Entonces, quién lo hizo?

—Supongo que fue la gendarmería de la capital —replicó Panderei en un susurro, mirando

hacia ambos lados.

—¿Qué clase de gendarmería es ésa? —en seguida llegaron las objeciones de la gente—. ¡Una gendarmería que aparece de repente en un vehículo marciano! No, esa no es una gendarmería.

—Y bien, ¿quiénes creen que fueron, entonces? Los mismos marcianos, ¿eh?

Panderei se hinchó un poco más y exclamó:

—¡Eh! ¿Quién es el que habla de marcianos? ¡Cuidado! —pero nadie le prestaba atención ahora. Las lenguas se habían sobado por completo.

—Puede ser que fuera un vehículo marciano, pero esos no eran marcianos, seguro. Se comportan como seres humanos.

—¡Exacto! ¿Y por qué se iban a preocupar los marcianos por los narcóticos?

—Escoba nueva barre bien, usted sabe.

—¿Y por qué se iban a preocupar los marcianos por nuestros jugos gástricos?

—No, señores, esos no eran hombres. Eran demasiado calmos, demasiado silenciosos. ¿Entienden lo que quiero decir? Creo que, en realidad, eran marcianos. Trabajan como máquinas.

—Es cierto, ¡máquinas! Robots. ¿Para qué se iban a ensuciar las manos los marcianos? Tienen robots que hacen el trabajo por ellos.

Panderei, incapaz de contenerse, aportó una sugerencia, también.

—No, muchachos —anunció—. Esos no eran robots. Es un nuevo sistema que tenemos. Eh la gendarmería ahora sólo toman sordomudos. Para poder guardar los secretos de Estado.

Esa hipótesis causó sorpresa, y luego comentarios maliciosos, en general bastante agudos, pero sólo recuerdo la observación que hiciera Paral, quien se expresó de este modo: que no sería mala idea la de tomar sordomudos en la policía, no para guardar los secretos de Estado, sino con la intención de proteger a la gente inocente de las necedades que suelen decir los oficiales.

Panderei, que antes se había desabotonado la chaqueta, ahora la abotonó rápidamente y rugió:

—¡Ya han dicho bastante... se acabó! —De manera que, lamentablemente, debimos dispersarnos aunque en ese momento se acercaba la ambulancia. El viejo burro había montado en cólera, de modo que solo pudimos observar desde cierta distancia mientras retiraban de la entrada al chofer mutilado. Entonces, para nuestra sorpresa, sacaron otros dos cuerpos. Aún no se sabe quiénes eran esos dos.

Todos nuestros amigotes fueron al bar, y yo también. Aquellos mismos dos jóvenes de chaqueta ajustada se habían instalado cómodamente en el mostrador. Se los veía tan calmos y silenciosos como antes; no hacían más que beber gin y mirar el espacio. Pedí un almuerzo completo y, una vez satisfecho mi apetito, observé cómo los más curiosos de nuestro grupo se iban acercando gradualmente a los jóvenes. Fue divertido ver de que manera tan torpe Morfeo trataba de iniciar una conversación con ellos, refiriéndose al tiempo en Maratón, mientras Paral, en un intento de asir al toro por las astas, les ofrecía un trago. Los jóvenes parecían ignorar a todos los que los rodeaban, bebieron rápidamente las copas que pusieron frente a ellos, y parecían no oír en absoluto las preguntas que les dirigían. Yo no sabía qué pensar. Por momentos, me encantaba su extraordinario autocontrol, su completa indiferencia a todos los absurdos intentos de hacerlos entrar en la conversación; en otros momentos, me sentía inclinado a pensar que eran realmente robots marcianos, que la repulsiva apariencia de los marcianos les impedía hacerse ver personalmente; y hubo momentos en que sospeché que eran verdaderos marcianos, de los que hasta ese momento no sabíamos nada concreto. Los presentes se fueron animando, empezaron a apiñarse en torno de los jóvenes y, abandonando todas las inhibiciones, comenzaron a hablar de sus caracteres, mientras los más atrevidos llegaron a tocar el material de las chaquetas. Todo el mundo estaba convencido, ahora, de estar frente a robots.

Japheth, incluso, empezó a preocuparse. Cuando me trajo un brandy, me dijo:

—¿Cómo pueden ser robots? Han tomado dos copas de gin, dos de brandy, dos paquetes de cigarrillos, ¿y quién me va a pagar?

Le expliqué que un robot que ha sido programado de manera tal que siente la necesidad de bebidas y cigarrillos, seguramente debe contener algún mecanismo para el pago de las mercaderías consumidas. Japheth se tranquilizó, pero en ese momento estalló una riña en el bar.

Me enteré después que Paral le había apostado a Dimant, el burro, que nada le ocurriría si Dimant aplastaba un cigarrillo encendido contra la mano del robot. Lo que vi con mis propios ojos fue esto: Dimant salió disparado como un corcho de entre la gente que se divertía en torno de los robots; con sus piernas moviéndose como aspas, voló por toda la extensión del bar, golpeándose contra mesas y personas, y cayó en un rincón. Apenas había pasado un segundo cuando Paral voló exactamente de la misma manera, aterrizando en otro rincón. Nuestros amigos se dispersaron y yo, sin entender en ese momento, lo que había ocurrido, vi a los dos jóvenes sentados junto al mostrador tan calmos como siempre y con el mismo gesto, levantando pensativamente las copas de alcohol hasta sus labios.

Paral y Dimant fueron recogidos y llevados a la trastienda. Fui a ver lo que había ocurrido. Llegué en el momento en que Dimant estaba volviendo en sí. Estaba sentado con una expresión idiota en el rostro, tocándose el pecho. Paral no había recobrado la conciencia todavía, pero ya tragaba gin mezclado con soda. Junto a él con una toalla pronta en las manos, estaba parada una camarera, preparada para vendarle la mandíbula cuando volviera en sí. Fue allí donde descubrí la versión de los hechos que he referido más arriba y estuve de acuerdo con los otros en que Paral era un provocador y Dimant simplemente un idiota, casi tanto como Panderei. Sin embargo, luego de hacer estas sensatas observaciones, nuestros amigos no se sentían conformes. Se convencieron de que las cosas no podían quedar así. Politemes, que hasta entonces se había mostrado cauto, anunció que esa sería la primera acción de guerra de nuestra brigada de lucha. Abordaríamos a esos jóvenes asesinos cuando salieran del bar, dijo, y empezó a emitir órdenes: quiénes debíamos apostarnos en cierto lugar, cuándo debíamos empezar a luchar. Me desentendí de esa empresa de inmediato. En primer lugar, me opongo a la violencia en general; definidamente, no hay nada de soldado en mí; en segundo lugar, no veía ninguna culpa por parte de los jóvenes. Y, por último, en mis planes no figuraba combatirlos, sino conversar con ellos de mis propios problemas. Me deslicé tranquilamente por el corredor y volví a mi mesa, y fue mientras lo hacía cuando, en realidad, puse en marcha ciertos sucesos que resultarían tan amargos para mí.

Por otra parte, aún ahora, cuando vuelvo a considerar las experiencias de ese día con ojos totalmente diferentes, debo reconocer que la lógica de mis acciones sigue pareciéndome inobjetable. Los jóvenes no pertenecían a nuestro pueblo, razoné. El hecho de que hubieran llegado en un coche marciano indicaba que lo más probable era que fuesen de la capital. Además, el papel que habían desempeñado en la muerte del señor Laemedontes era prueba indiscutible de que estaban relacionados con los poderes que fueran; nadie iba a enviar a un agente común para enfrentar al señor Laemedontes. Así, de la lógica de los sucesos se desprendía la conclusión de que los jóvenes debían necesariamente estar bien informados de la nueva situación, y por lo tanto, podrían informarme bien acerca de las cuestiones que me interesaban. En mi situación de hombre pequeño, escarnecido por el chofer del señor Laemedontes, atendido despectivamente por el secretario de la municipalidad, no podía permitirme desperdiciar una oportunidad tan buena de obtener información exacta. Por otra parte, los jóvenes no provocaban ninguna aprensión en mí. El hecho de que hubieran tratado un tanto severamente al señor Laemedontes y a su guardaespaldas no me puso en guardia. Ellos habían cumplido con un deber, y el señor Laemedontes hacía tiempo que se lo venía buscando. En cuanto al incidente con Paral y Dimant, bueno... Dimant es tan estúpido que es imposible tratarlo, y Paral puede exasperar a cualquiera con su mordacidad. Ni es necesario decir que yo no permitiría que nadie me llamara robot, y mucho menos, que me aplastara un cigarrillo encendido contra la mano. Entonces, cuando hube terminado mi brandy, empecé a acercarme a los jóvenes. Tenía plena confianza en el éxito de mi empresa. Había calculado todos los detalles de la proyectada conversación, teniendo en cuenta tanto la naturaleza de sus actividades como su actitud en relación con el incidente que acababa de ocurrir, y la obvia reserva y tranquilidad que demostraban. Pensé disculparme primero por la mala conducta de

mis conciudadanos. Luego me presentaría, expresando la esperanza de no molestarlos con mi conversación. Les daría algún consejo acerca de la calidad del brandy, al que Japheth suele diluir con otras bebidas más baratas, y les ofrecería una copa de mi botella personal. Y sólo entonces, cuando hubiéramos hablado del tiempo en Maratón y en nuestro pueblo, pensaba yo pasar, delicada y gentilmente, a la cuestión básica. Mientras me acercaba a ellos, advertí que uno de los jóvenes estaba absorto, fumando un cigarrillo. El otro estaba casi de espaldas al mostrador y con atención, y según me pareció, con interés, seguía mi avance hacia ellos. Por esa razón, decidí dirigirme directamente a él. Cuando me acerqué, levanté mi sombrero y dije:

—¡Buenas tardes! —Entonces, ese joven asesino hizo un movimiento lento con su hombro y de inmediato pareció que una granada explotaba en mi cabeza. No recuerdo nada. Sólo sé que estuve tendido largo rato en el corredor junto a Paral, tragando gin, mezclado con soda, mientras alguien presionaba una toalla húmeda y fría sobre mi ojo lastimado.

Y ahora me pregunto: ¿qué más se podía esperar? Nadie acudió en mi ayuda, nadie elevó su voz en protesta. Lo mismo estaba volviendo a ocurrir. Los jóvenes asesinos aterrorizaban a la gente de nuevo, golpeaban a los ciudadanos, en las calles. Politemes me trajo a casa en su silla de ruedas; mi hija, tan indiferente como todos, se estaba besando con el señor Secretario en el jardín. Pero no, aun cuando hubiera sabido cómo iba a terminar todo, igual me hubiera sentido obligado a intentar una conversación con ellos. Habría tenido más cuidado, no me habría acercado, ¿pero quién, si no, va a darme información? No quiero tener que temblar por cada centavo que gasto, ya no tengo fuerzas para seguir dando lecciones, no quiero vender la casa en que he vivido por tantos años. Todo lo que deseo es paz mental.

8 de Junio. Temperatura, 17°C; densidad de las nubes, 8 grados; viento del sur, 12 kilómetros por hora. Estoy en casa, no salgo ni veo a nadie. La hinchazón ha disminuido y el hematoma apenas duele, pero el aspecto general es malo, de todos modos. Durante todo el día he estado revisando mis estampillas y mirando televisión. En el pueblo todo está igual. Ayer a la noche nuestra dorada juventud sitió el establecimiento de Madame Persefone, que fue copada por soldados. Dicen que hubo una batalla regular.

Los periódicos no dicen gran cosa. Ni una sola palabra sobre el embargo... se diría que lo han abolido por completo. Había un extraño discurso del ministro de guerra, en tipos chicos, que afirmaba que nuestra participación en la Unión Militar era una carga para el país y no se justificaba bien, como podía parecer a primera vista. ¡Gracias a Dios lo han comprendido, después de once años! Pero la noticia más importante se refiere a un agricultor de nombre Perifante, notable por que es capaz de entregar hasta cuatro litros de jugos gástricos por día sin problemas para su propio organismo. Cuentan con detalles íntimos la difícil historia de su vida, hay un informe de una entrevista con él, y por televisión se mostraron varias veces escenas de su vida. Un hombre tosco y robusto de unos cuarenta y cinco años, nada inteligente; al verlo, no se diría que se trata de semejante fenómeno. Señaló constantemente su costumbre de sorber un trozo de caña de azúcar por la mañana. Debo intentarlo.

¡Sí, por supuesto! En el periódico hay un artículo del cirujano veterinario Kalaid sobre la peligrosidad de los narcóticos. Kalaid dice llanamente que el uso regular de narcóticos por parte del ganado vacuno perjudica, sin excepciones, la producción de jugos gástricos. Incluso, hay un diagrama. Es una observación interesante: el artículo de Kalaid está manuscrito pero resulta difícil de leer, como si lo hubiera escrito con hipo. Pero la impresión general es que el señor Laemedontes fue eliminado porque impedía a los ciudadanos entregar libremente sus jugos gástricos. Parece ser que los jugos gástricos representan una especie de piedra angular de la política del nuevo Gobierno. Es un hecho sin precedentes, pero si se piensa en el asunto, ¿por qué no?

Acabamos de volver de una visita con Hermione. Durante la cena ella comentó que se estaba instalando un centro para donantes de jugos gástricos en la que fuera residencia del señor Laemedontes. Si es cierto, apruebo y apoyo la medida. En general, estoy por el establecimiento de centros y por la estabilidad.

¡Mis pequeñas estampillas, queridas estampillas! Sólo ustedes no me perturban nunca.

9 de Julio. Temperatura, 16°C; densidad de las nubes, 5 grados; lluvia ligera. La hinchazón ha desaparecido por completo. Sin embargo, tal como predijera Aquiles, toda la zona en torno del ojo se ha puesto de un feo verde. Es imposible salir; no importa, aparte de bromas estúpidas, no se oye nada interesante. Por la mañana telefoneé a la municipalidad, pero el señor Nikostratos resultó estar con ánimo de broma y no me dijo absolutamente nada acerca del asunto de la pensión. Por supuesto, me excité, traté de calmarme con las estampillas, pero ni siquiera la filatelia pudo tranquilizarme. Mandé a Hermione a que me comprara algún sedante, pero volvió con las manos vacías. Parece ser que Aquiles había recibido una circular especial ordenándole vender sedantes únicamente bajo la prescripción de un médico de la ciudad. Perdí la paciencia y lo llamé por teléfono, empecé a pelearme, pero para ser honestos, ¿cómo se lo puede culpar? Se ejerce un control estricto sobre todas las medicinas que contienen narcóticos; lo ejercen la policía y otros agentes especialmente autorizados por la municipalidad. ¿Pero qué se puede hacer? Si se tala un bosque, habrá astillas. Tomé una copa de whisky, directamente frente a Hermione. Me sirvió. Incluso me sentí mejor, y Hermione no dijo una palabra.

Por la mañana volvió la familia de Myrtil; él sigue viviendo en la carpa. Para decir verdad, me alegró. Era un signo real de que la situación del país se estaba estabilizando. Pero de pronto, después del almuerzo, vi que Myrtil los acompañaba otra vez hasta el ómnibus. ¿Qué era lo que ocurría?

—Está bien, está bien —replicó Myrtil en su modo habitual—. Ustedes son los inteligentes, acá; yo soy el tonto...

Parece ser que había estado en *Los Cinco Tañidos* y se había enterado allí que tanto el tesorero como el arquitecto iban a ser convocados por los marcianos para que respondieran por malversación de fondos y por intrigas; ya los habían llevado a alguna parte. Traté de explicarle a Myrtil que eso estaba bien y que era justo, pero no hubo caso.

—Está bien —dijo—. ¿Justo, verdad? Hoy el tesorero y el arquitecto, mañana el alcalde, pasado, no sé quién, tal vez yo. Eso no es bueno. Te dieron un golpe en el ojo... ¿eso es justo, también? —No se puede hablar con Myrtil. Allá él.

Me llamó por teléfono el señor Coribanth. Según parece, él reemplaza a Charon en el periódico. Su voz temblaba lastimosamente. El periódico estaba teniendo algún tipo de dificultad con las autoridades. Me rogó que le dijera si Charon iba a volver pronto. Por supuesto, le hablé con mucha simpatía pero no le dije una sola palabra acerca del hecho de que Charon ya había vuelto una vez. Sentí intuitivamente que no convenía difundir esa noticia. Dios sabía dónde estaría Charon ahora y qué estaría haciendo. Lo único que me faltaba era tener problemas políticos. No hablo de él con nadie, y les he prohibido a Artemida y Hermione que lo hagan. Hermione entendió en seguida, pero Artemida hizo una escena.

11 de Junio. Sólo ahora vuelvo a ser más o menos yo mismo otra vez, aunque sigo enfermo y agotado. Y estoy constantemente acosado por siniestros fantasmas de los que desearía desembarazarme, pero no puedo. Puedo entender eso de ir a matar con un arma cuando la cuestión es matar o ser matado. Eso, también, es desagradable, y sórdido, pero por lo menos es normal. Pero nadie los obliga. ¡Guerrilleros! Sé muy bien lo que eso significa, ¿pero cómo podía esperar que en mis últimos años volvería a verlo con mis propios ojos?

Todo empezó cuando ayer a la mañana, contra todas las expectativas, recibí una respuesta amistosa del General Alcimes. Decía que me recordaba bien, que me había querido mucho y que me deseaba todo lo mejor. Su carta me excitó tanto que no sabía qué hacer conmigo mismo. Consulté a Hermione, y ella se vio obligada a reconocer que no se podía desperdiciar tal oportunidad. Había una sola cosa que nos preocupaba a los dos: los malos tiempos. Pero en ese momento vimos que Myrtil enrollaba su refugio temporario y empezaba a transportar sus cosas a la casa. Ese fue el toque decisivo. Hermione me hizo un vendaje negro muy elegante para mi ojo lastimado, tomé todos los documentos, subí a mi coche y partí hacia Maratón.

El tiempo me favoreció. Conduje el coche pacíficamente por la vacía carretera entre los campos azules y pensé en varios cursos de acción posibles, según las diferentes circunstancias. Sin embargo, como de costumbre pronto ocurrió lo imprevisto. A unos sesenta

y cinco kilómetros del pueblo el motor empezó a toser, el auto comenzó a sacudirse y a tirar mal, y por último se detuvo. Esto se produjo en la parte superior de una colina, y cuando bajé a la carretera, frente a mí se presentó una pacífica escena campestre. Es cierto que se veía un tanto extraña a causa del color azul de las espigas maduras. Recuerdo que a pesar de la demora me sentí completamente tranquilo y no me privé de admirar las fincas blancas y bonitas que se esparcían en la distancia. El cereal azulado se veía muy alto, y en algunos lugares alcanzaba la altura de un hombre. En nuestro distrito nunca antes había florecido una cosecha tan abundante. La carretera, recta como una flecha, se podía ver hasta el horizonte.

Abrí el capot y examiné el motor por un rato, tratando de localizar la falla, pero soy un pésimo mecánico y muy pronto me desesperé, enderecé mi cansada espalda y miré a mi alrededor, tratando de decidir a quién pedirle ayuda. Pero la finca mas cercana estaba muy lejos, y en la carretera se veía un solo coche, que se acercaba a gran velocidad desde Maratón. Al principio me alegré, pero muy pronto, para mi gran decepción, vi que era uno de los coches negros marcianos. Pero de todos modos no perdí las esperanzas, ya que recordé que la gente común también se desplazaba en coches marcianos. La perspectiva no me atraía mucho, porque pensaba que los ocupantes podían resultar marcianos, a quienes instintivamente temía. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Extendí mi brazo y avancé unos pasos hacia el coche, que ya había llegado al pie de la colina. Entonces ocurrió una cosa terrible.

El coche estaba a unos cuarenta metros de mí cuando de pronto algo explotó con una llamarada amarilla. El coche pareció estar apoyado sobre un extremo y apuntar con el otro hacia el cielo. Se produjo un estruendo atronador, la carretera desapareció en una nube de humo. Luego vi que el coche, aparentemente, trataba de remontarse en el aire; ya se había elevado por encima de la nube cuando se produjeron otros dos estallidos, uno después del otro, junto al coche. El doble golpe lo invirtió, y se desplomó con todo su peso sobre el asfalto, de manera que sentí que, la tierra temblaba bajo mis piernas, que de todos modos cedían ante el impacto de la sorpresa que me causaba todo el asunto. «Qué terrible destrozo», pensé en el primer momento. El coche estaba empezando a incendiarse y algunas figuras negras, envueltas en llamas, trataban de salir de él. Eh ese momento se oyeron disparos. No pude ver quién disparaba, de dónde venían los disparos, pero claramente vi a quién le estaban disparando. Las figuras negras vacilaban entre el humo y las llamas y cayeron, una tras otra. Entre el restallar de los disparos oí los conmovedores gritos inhumanos, y todos ellos quedaron tendidos junto al coche volcado, que seguía quemándose; pero los disparos no cesaban. Entonces el coche explotó con un estrépito terrible, una luz blanca extraterrena me hirió los ojos y un aire denso y ardiente me azotó el rostro. Involuntariamente cerré los ojos y cuando volvía a abrirlos me horrorizó ver, acercándose a mí por la carretera, y brincando como un enorme mono, a una criatura negra envuelta en llamas que arrastraba una cola de negro hollín. En ese momento un hombre saltó desde los campos de cereales azules que estaban a mi izquierda, vestido con uniforme militar y sosteniendo un arma. Se detuvo en el centro de la carretera con su espalda hacia mí, se acuclilló rápidamente y empezó a dispararle a la negra figura llameante, casi a quemarropa. Mi horror era tan grande que el entumecimiento inicial se disipó y hallé en mí las fuerzas necesarias para girar y correr hacia mi auto tan rápidamente como me lo permitían mis piernas. Como un loco oprimí el arranque, ciego a todo lo que sucedía frente a mí, y olvidando que el motor no funcionaba; entonces mis fuerzas volvieron a abandonarme y quedé sentado en el coche, mirando estúpidamente al frente, como pasivo y sordo testigo de una horrible tragedia.

La indiferencia se apoderó de mí. Como en un sueño, vi hombres armados que llegaban a la carretera uno tras otro, los vi rodear el lugar del siniestro e inclinarse sobre los cuerpos ardientes, moviéndolos e intercambiando breves gritos apenas audibles por el sonido que producía el latido de mi sangre en mis sienes.

Cuatro de ellos se habían reunido al pie de la colina, pero el hombre de traje militar —un oficial, a juzgar por las charreteras— estaba parado en el mismo lugar, a unos pocos pasos del último hombre matado, y recargaba su automática. Luego vi que se acercaba lentamente al hombre que estaba sobre el suelo, bajaba el caño de la automática y lanzaba una pequeña explosión de fuego. Entonces comenzó la parte más espantosa.

El oficial echó una rápida mirada al cielo, luego giró y me miró —nunca olvidaré su mirada fría, cruel— y, con su automática pronta, avanzó hacia mi coche. Oí que los que estaban parados más abajo le gritaban algo, pero él no se volvió. Caminaba hacia mí. Probablemente perdí la conciencia por unos segundos, porque no recuerdo nada más hasta el momento en que la recobré y estaba parado junto a mi auto, frente a aquel oficial y a dos más de los rebeldes. ¡Dios, qué gente! Los tres eran altos, barbudos, sucios, y sus ropas eran andrajosas; el uniforme del oficial también estaba en un estado lamentable. El oficial lucía una gorra, uno de los civiles tenía un birrete negro, y el otro tenía anteojos y nada en la cabeza.

—¿Usted es sordo o qué? —me estaba diciendo el oficial secamente, mientras me sacudía por el hombro.

El hombre de birrete hizo una mueca y dijo entre dientes:

—Déjelo. ¿Qué quiere de él?

Reuní lo que quedaba de mis débiles fuerzas y me obligué a hablar con calma; comprendí que me estaba jugando la vida.

—¿Qué es lo que desea? —pregunté.

—No es más que una persona común —dijo el hombre de birrete—. No sabe nada y no quiere saber nada.

—Un minuto, ingeniero —dijo el oficial, irritado—. ¿Quién es usted? —me preguntó. ¿Qué está, haciendo acá?

No oculté nada, se lo expliqué todo, y mientras yo hablaba él siguió mirando a su alrededor, examinando el cielo, como si temiera la lluvia.

El hombre de birrete me interrumpió una vez para exclamar:

—No quiero arriesgarme. Me voy; ¡usted haga lo que quiera!! —después de lo cual giró y descendió corriendo por la cuesta. Pero los otros dos se quedaron y me escucharon hasta el final, mientras yo trataba de adivinar, por sus rostros, cuál sería mi destino; no vi ninguna señal de buen augurio para mí.

Un pensamiento salvador surgió en mi mente y, olvidando todo lo demás, dije abruptamente:

—Tengan en cuenta, señores, que soy el suegro del señor Charon.

—¿Quién es Charon? —preguntó el rebelde de anteojos.

—El jefe de redacción del periódico local.

—¿Y qué —preguntó el rebelde de anteojos, y el oficial siguió mirando el cielo.

Me sentí confundido: obviamente, ellos no conocían a Charon. Pero dije, de todos modos:

—Mi yerno tomó un arma el primer día y se fue de casa.

—Aja. —dijo el rebelde de anteojos.

—Eso lo honra.

—Esas son tonterías —dijo el oficial—. ¿Qué pasa en el pueblo? ¿Qué ocurre con el Ejército?

—No sé —repliqué—. Todo está, tranquilo en el pueblo.

—¿La entrada al pueblo está libre? —preguntó el oficial.

—Según tengo entendido, sí —contesté, y pensé que era mi deber agregar—, pero podría ser que lo detuvieran las patrullas de la Brigada Antimarciana.

—¿Qué? —exclamó el oficial, y en su serlo rostro por primera vez apareció algo parecido a la sorpresa. Hasta dejó de mirar el cielo y empezó a mirarme. ¿Qué clase de brigada?

—Antimarciana —dije—. Bajo la conducción del Oficial Politemes. ¿Tal vez, usted lo conoce? Es un inválido.

—Que curioso —replicó el oficial—. ¿Puede llevarnos al pueblo?

Mi corazón se estremeció.

—Lo haría, por supuesto —dije—, pero mi auto...

—Sí —dijo el oficial—. ¿Qué pasa con el auto?

Reuní todo mi coraje y mentí.

—Parece ser que se ha descompuesto el motor.

El oficial silbó y sin decir una sola palabra giró y desapareció entre la vegetación. El

rebelde de anteojos siguió mirándome fijamente y luego, de pronto, me preguntó:

—¿Tiene algún nieto?

—Sí —mentí, en mi gran desesperación—. ¡Dos! Uno de ellos es un bebé...

Sacudió la cabeza en gesto de comprensión.

—Es terrible —dijo—. Eso es lo que me atormenta más que nada. Ellos no saben nada y nunca sabrán...

No entendí una palabra de lo que decía y no quise entender. Sólo rezaba para que se fuera lo antes posible y que no me hiciera nada. Por alguna razón, de pronto me pareció que ese tranquilo hombre de anteojos era el más terrible de todos.

Por unos segundos esperó que yo respondiera, y luego colgó su automática del nombro y dijo:

—Le aconsejo que salga de aquí lo antes posible. Adiós.

Ni siquiera esperé que desapareciera; giré y corrí tan rápido como pude alejándome de la colina y en dirección al pueblo, como si un tifón me hubiese impulsado. Ni sentía las piernas; tampoco sentía mi respiración. Pensé que oía algún tipo de estrépito mecánico a mis espaldas, pero ni siquiera me di vuelta, seguía corriendo.

No había avanzado mucho cuando un pequeño camión desbordante de agricultores apareció por un camino de la aldea y vino hacia mí. Yo estaba casi enloquecido, pero hallé las fuerzas necesarias para bloquearles el paso. Sacudí mis brazos y grité:

—¡Paren! ¡No sigan! ¡Hay guerrilleros allá!

El camión se detuvo y me vi rodeado de gente ruda y común que, por alguna razón, iba armada con ametralladoras. Me agarraron por la pechera de la camisa, me sacudieron, gritaron y me maldijeron; no entendía nada de lo que estaba pasando, estaba aterrado y sólo después de un rato comprendí que me estaban tomando por un cómplice de los rebeldes. Mis piernas cedieron, pero entonces el conductor descendió de la cabina y resultó ser un ex alumno mío.

—¿Qué están haciendo, compañeros? —gritó, aterrándoles las manos. Este es el señor Apolo, el maestro del pueblo, yo lo conozco.

Finalmente, todos se calmaron y les conté lo que había visto.

—Aja —dijo el conductor—, eso es lo que pensábamos. Los perseguiremos ahora. Vamos, compañeros.

Yo quería seguir hacia el pueblo, pero me convenció de que sería más seguro para mí quedarme con ellos; además, repararía mi auto tranquilamente mientras el resto perseguía a los bandidos. Me hicieron sentar en la cabina del camión y emprendimos la marcha hacia el lugar de la tragedia. Llegamos al punto más alto de la colina y vimos mi auto, pero más adelante la carretera estaba totalmente despejada. No había cuerpos, ni trozos de metal roto; sólo quedaban las zonas quemadas en el asfalto y un pozo poco profundo en el lugar donde se había producido la explosión.

—Es evidente —dijo el conductor, mientras detenía el camión—, ya se han llevado todo. Allá están, en el aire... —Todos empezaron a hablar y también señalaban el horizonte en dirección a Maratón, pero por mucho que me esforcé con mi único ojo, no pude divisar nada en el calmo cielo.

Luego los agricultores, con una habilidad que indicaba cierta experiencia, sin necesidad de órdenes ni arreglos se separaron en dos grupos de diez hombres. Los dos grupos se desplazaron en cadena y empezaron a rastrear los campos de cereal, uno hacia la derecha, el otro hacia la izquierda.

—Tienen automáticas —les previne—, y granadas, también, creo.

—Lo sabemos muy bien —replicaron, y después de un rato oí gritos que indicaban que habían encontrado alguna pista. El conductor se ocupó durante un rato en el arreglo de mi auto; mientras, yo me tendí en el asiento posterior y me sumí en una bendita semiinconsciencia, ya que por fin tenía la posibilidad de relajar mis nervios. El conductor descubrió la falla (resultó ser una obstrucción en el conducto de la gasolina). Mis ojos se llenaron de lágrimas de gratitud. Le estreché la mano y le pagué todo lo que pude. Se mostró contento. Este hombre bueno, simple (no conseguí recordar su nombre) resultó ser muy conversador también, tan distinto de la mayoría de los agricultores, que también son simples y

amables, pero hoscos y reservados. Me dio una gran explicación de lo que había ocurrido. Parece ser que los rebeldes, a los que la gente llamaba simplemente bandidos, habían aparecido en el distrito ya el segundo día después de la llegada de los marcianos. Al principio fraternizaron de manera amistosa con los agricultores y fue obvio, entonces, que en su mayoría eran residentes de Maratón, gente educada y a primera vista inofensiva, si no se tenía en cuenta a los soldados. Los agricultores no comprendían qué era lo que buscaban. Al principio convocaron a los aldeanos a rebelarse a las nuevas autoridades, pero explicaron las razones para esto en modo muy confuso, insistiendo en la muerte de la cultura, el renacimiento y otras cosas literarias que no interesaban a los aldeanos. De todos modos, los agricultores los alimentaron y los alojaron porque la situación seguía poco clara y aún no se sabía qué se podía esperar del nuevo orden. Sin embargo, se hizo evidente que las nuevas autoridades no representaban nada malo, en realidad, sino bueno. Compraban el cereal a buen precio (ni siquiera la cosecha, sino los brotes). Les dieron un buen adelanto a cuenta de la cosecha de cereal azul, y empezó a llegar dinero como si cayera del cielo por los jugos gástricos que, hasta esa fecha, eran inútiles. Por otra parte, se hizo evidente que los bandidos tendían emboscadas contra los representantes de la administración que llevaban dinero al campo. Los representantes de Maratón recalcaron que esa desgracia debía solucionarse cuanto antes para el bien de todos, y las relaciones con los rebeldes cambiaron por completo.

Varias veces interrumpimos nuestra conversación y escuchamos. De los campos llegaba un disparo ocasional y en cada oportunidad movíamos la cabeza en gesto de satisfacción e intercambiábamos miradas. Yo ya me había recuperado y estaba sentado frente al volante, listo para dirigir mi auto hacia casa. No tenía intenciones, por supuesto, de seguir hacia Maratón. Con las cosas tal como estaban, Alcimes podía quedarse tranquilo. Entonces, los cazadores volvieron a la carretera. Primero aparecieron dos agricultores con dos cuerpos inmóviles. Reconocí a uno de los muertos. Era el hombre de birrete a quien el oficial había llamado ingeniero. El otro, un joven, poco más que un muchachito, me resultó desconocido. Con cierto alivio noté que, afortunadamente, no estaba muerto sino malherido. Luego, el resto de los agricultores volvieron juntos, charlando animadamente entre sí. Traían a un prisionero con las manos atadas, al que también reconocí aunque ya no tenía puestos sus anteojos. La victoria fue completa, ninguno de los agricultores había sufrido daño alguno. Sentí una enorme satisfacción moral al ver cómo esa gente simple, aún con el ardor de la batalla en ellos, de todos modos demostraba inconfundible dignidad moral, tratando al enemigo derrotado de manera casi caballeresca. Vendaron las heridas del joven y lo acostaron en el camión con mucho cuidado. Aunque sus manos seguían atadas, le dieron un trago y le insertaron un cigarrillo entre los labios.

—Bueno, eso es todo —dijo mi amigo el conductor—. Ahora el lugar estará más tranquilo.

Pensé que era mi deber informarle que había habido por lo menos cinco rebeldes.

—No importa —replicó—. De manera que dos se escaparon. No llegarán a ninguna parte. El equipo del distrito próximo es igual al nuestro. Los matan o los apresan.

—¿Adonde enviarán a éstos? —pregunté.

—Los llevaremos a la guarnición marciana, a unos sesenta kilómetros de distancia. Los reciben vivos o muertos, así como uno los lleva. —Volví a agradecerle, estreché su mano, y él marchó hacia su camión, diciéndole el resto. «¿Vamos, eh?»

Entonces pasó el prisionero atado a mi lado. Se detuvo por un segundo y me miró directamente en la cara con sus ojos miopes. Tal vez lo imaginé, pero en sus ojos había algo que me hizo estremecer. Ahora espero que haya sido una fantasía mía. ¡Mundo maldito! No, no estoy justificando a ese hombre. Es un extremista, un guerrillero. Ha matado y debe ser castigado, pero no soy ciego. Vi claramente que se trataba de un hombre culto, no un camisa negra, no un tonto, sino un hombre de convicciones. Ahora deseo haberme equivocado. Toda mi vida he sufrido por pensar bien de la gente.

El camión se puso en marcha en una dirección, y yo en la otra, y en una hora había llegado a mi casa, totalmente deshecho, agotado y enfermo. Noté, incidentalmente, que el señor Nikostratos estaba sentado en la sala y Artemida le servía té. Sin embargo, no me preocupé por ellos. Había sido un día terrible, torturante.

Temperatura, 17°C; densidad de las nubes, 10 grados; fuerte lluvia.

Sí, estos rebeldes son gente peligrosa para la paz general. Sin embargo, sólo puedo compadecerlos: empapados enfangados, perseguidos como animales, ¿en nombre de qué? ¿Qué es la anarquía? ¿Protesta contra la injusticia? ¿Pero contra quién? Realmente, no los entiendo. Es extraño, ahora recuerdo que durante la persecución no hubo estallidos de fuego automático, ni el sonido de granadas. Se deben haber quedado sin municiones.

11 de Junio. Medianoche. Hermione pretendía que pasara todo el día en la cama, pero no le hice caso, y fue lo mejor que podía hacer. Hacia el mediodía me sentí bastante bien, y directamente después del almuerzo decidí ir al pueblo. El hombre es débil. No ocultaré el hecho de que no podía esperar más para contarle a nuestro grupo los sucesos terribles y trágicos que había presenciado el día anterior. Es cierto que hacia la hora del almuerzo tales sucesos se presentaban en mi mente bajo una luz mucho menos trágica que romántica. En *Los Cinco Tañidos*, mi relato fue un gran éxito. Me bombardearon con preguntas y mi pequeña dosis de vanidad se sintió totalmente satisfecha. Fue divertido observar a Politemes (por otra parte, ahora él era el único de la Brigada Antimarciana que seguía cargado con una escopeta). Cuando les conté a los muchachos mi conversación con el oficial rebelde, Politemes de inmediato empezó a alardearse y pretendió haber tenido parte en las actividades desesperadas y peligrosas de los rebeldes. Llegó al punto de admitir que se trataba de individuos valientes, aunque actuaran ilegalmente. No entendí qué quiso decir con eso, y los otros tampoco lo entendieron. Anunció que les enseñaría a esos campesinos el precio de una libra de humo, y entonces casi se arma una gresca, porque el hermano de Myrtil es agricultor, y Myrtil mismo fue ganadero. No me gustan las peleas, no puedo soportarlas en realidad; mientras los estaban separando, me fui a la municipalidad.

El señor Nikostratos me demostró una marcada amabilidad; me preguntó muy interesado por mi salud y con gran simpatía escuchó mi relato de las aventuras de ayer. No sólo él, sino que todos los empleados dejaron de lado lo que estaban haciendo y se reunieron a mi alrededor, de modo que también allí tuve un éxito completo. Todos estuvieron de acuerdo en que había actuado con valentía y que mi conducta me honraba. Debí estrechar muchas manos, y la hermosa Tiona incluso me pidió permiso para besarme, permiso que, por supuesto, concedí encantado. (Caramba, hacía mucho tiempo que no me besaban chicas jóvenes, confieso que hasta me había olvidado qué agradable es.) En cuanto al asunto de la pensión, el señor Nikostratos me aseguró que probablemente todo iría bien y me dijo, en gran secreto, que la cuestión de los impuestos finalmente se había concretado, según parecía, y a partir de junio los impuestos se cobrarían en la forma de jugo gástrico.

Esta entretenida conversación fue lamentablemente interrumpida por un escándalo mediano. La puerta del despacho del alcalde se abrió de golpe y en el umbral apareció el señor Coribanth, quien parado con su espalda hacia nosotros, empezó a gritarle al señor alcalde que él no permitiría que las cosas quedaran así, que eso era una violación de la libertad de expresión, que se trataba de una corporación, que el señor alcalde debía recordar el lamentable destino del señor Laemedontes, y otras cosas por el estilo. El alcalde también habló en tono alto, pero con mucha mayor tranquilidad que el señor Coribanth, y no entendí exactamente de qué estaban hablando. Finalmente, el señor Coribanth se marchó, golpeando la puerta tras de sí, y entonces el señor Nikostratos me explicó el asunto. Parece ser que el alcalde había multado al periódico y lo había clausurado por una semana porque el señor Coribanth había publicado un poema, en la edición del día anterior, firmado por cierto «XYZ», en el que había aparecido la línea: «Y en el lejano horizonte, el bravo Marte flamea». El señor Coribanth se negaba a aceptar la decisión del alcalde, y ése era ya el segundo día que discutían, por teléfono y personalmente. Al intentar un juicio sobre ese asunto, el señor Nikostratos y yo llegamos a la misma conclusión, es decir, que ambas partes de ese asunto, cada una a su manera, tenían razón y no la tenían. Por una parte, la penalidad que el alcalde le había aplicado al periódico era excesivamente severa, en especial porque el poema en su totalidad era del todo inofensivo, ya que sólo expresaba el amor no correspondido del autor por un hada nocturna. Pero, por otra parte, la situación es tal que no se puede seguir echando

leña al fuego; tal como están las cosas, el alcalde tiene que encarar muchas cosas desagradables, por ejemplo con Minotauro, que antes de ayer volvió a emborracharse y atropello un coche marciano con su camión hediondo. Volví a *Los Cinco Tañidos* y me reuní con los amigos. La riña entre Politemes y Myrtil ya se había calmado, y como de costumbre, estaban todos charlando amistosamente. No sin satisfacción observé que mi relato, según parecía, había dirigido las mentes de los ahí reunidos en una particular dirección. Hablaban de los rebeldes, de los armamentos que los marcianos tenían a su disposición, y de otros temas similares. Morfeo estaba diciendo que, no lejos de Milese, una máquina voladora marciana, que estaba haciendo un aterrizaje forzoso porque el piloto no estaba habituado a la fuerza de gravedad aumentada, había sido atacada por un grupo de malhechores, y abatió a cada uno de estos, hasta el último hombre, con un misil electrónico especial, después de lo cual se hizo explotar a sí misma, dejando detrás un hueco enorme con paredes de vidrio. Ahora todo Milese iba a ver el hueco.

Myrtil, repitiendo lo que le había contado su hermano, el agricultor, nos habló de una terrible banda de amazonas que atacaron y raptaron marcianos con la intención de tener hijos con ellos. Por su parte, el lisiado Politemes nos contó lo siguiente: ayer a la noche, cuando estaba patrullando la calle del parque, cuatro coches marcianos se le acercaron silenciosamente. Una voz poco familiar, utilizando una versión lamentable del idioma, y además con un extraño silbido, le preguntó cómo se llegaba al bar, y si bien el bar no es un objeto de importancia nacional, Politemes, simplemente por orgullo y por desprecio hacia los conquistadores, se negó a contestar, de manera que los marcianos no consiguieron nada. Politemes nos aseguró que su vida había pendido de un hilo, y también había notado ciertos palos largos y negros que lo apuntaban, pero no dudó un instante en su determinación.

—¡Qué! ¿Te costaba tanto informarles? —preguntó Myrtil—. Conozco esa clase de mezquinos malditos. Llegas a un lugar extraño, quieres un trago, y por nada del mundo te quieren decir dónde queda el bar.

El asunto casi desemboca en una nueva riña, pero en ese momento llegó Panderei y, con una sonrisa feliz, anunció que a Minotauro lo habían sacado del pueblo... los marcianos. Sospechaban de Minotauro; pensaban que estaba relacionado con los extremistas y que hacía sabotaje. El asunto nos enfureció... dejarnos sin un limpiador de cañerías en la época más calurosa del año... ¡eso era un crimen!

—¡Basta! —gritó el lisiado Politemes—, Hemos soportado el maldito yugo por demasiado tiempo. ¡Conciudadanos, oíd mi llamado. A las armas!

Ya empezábamos a enardecernos cuando Panderei calmó a todos diciendo que los marcianos planeaban empezar los trabajos en los canales de desagüe la semana próxima, y entre tanto, el lugar de Minotauro sería cubierto por un policía joven. Todos concordaron en que así las cosas eran diferentes y continuaron la conversación sobre los terroristas, diciendo que era muy sucio eso de tender emboscadas.

Parpadeando, Dimant nos narró una historia terrible acerca de cómo alguna gente, ya por tercer día, recorría el pueblo ofreciendo dulces a las personas que encontraban. Uno come uno de esos dulces y... ¡piff...! desaparece. Intentaban envenenar así a todos los marcianos. Por supuesto, no creímos la historia, pero de alguna manera empezamos a sentirnos mal.

Entonces Kalai, que había estado retorciéndose y farfullando por algún rato, de pronto espetó:

—Pero A-A-Apolo mismo tiene un yerno que es terrorista. —De inmediato, todos trataron de alejarse de mí, y Panderei, estirando la mandíbula, anunció:

—Es cierto, he tenido información en ese sentido.

Me sentí sumamente consternado y les anuncié a todos ellos que: en primer lugar, un suegro no era responsable de su yerno; en segundo lugar, el mismo Panderei tenía un pariente que el año pasado había sido sentenciado a cinco años de prisión por algún tipo de actividad libertina; en tercer lugar, yo siempre me había llevado mal con Charon, y todo el mundo lo sabía; y en cuarto lugar, no tenía ninguna información por el estilo con respecto a Charon... él se había marchado en un viaje de estudio y no habíamos tenido más noticias suyas. Esos fueron momentos desagradables, pero la estupidez de la acusación era tan obvia que todo

terminó alegremente y la conversación pasó al tema del jugo gástrico. Resultó que todo el grupo había estado dando jugo gástrico, ya por segundo día, y había recibido dinero en efectivo por él. Sólo yo me había quedado afuera. Siempre, de manera poco comprensible, resultaba la única excepción cuando se podía ganar algo... existe gente así de desorganizada en el mundo. En el cuartel, son los que siempre hacen las tareas pesadas, en el frente, son los que se caen en la mierda. Todas las cosas feas les llegan primero; todas las cosas buenas, al final. Yo soy uno de esos. Bien, así es la cosa. Todos los tipos empezaron entonces a jactarse de lo satisfechos que estaban. ¡Me imagino! ¡Todo eso, para sentirse después insatisfechos!

En ese punto, un coche marciano atravesó la plaza y el lisiado Politemes dijo:

—¿Qué les parece, muchachos, si le dispararan con una escopeta, le harían un agujero o no?

—Con una bala, posiblemente sí —respondió Silen.

—Depende de dónde le pegues —dijo Myrtil—, si le das en el frente o en la parte de atrás, ni por casualidad.

—¿Y qué tal el costado? —preguntó Politemes.

—Si le pegas en el costado, entonces posiblemente lo haces —replicó Myrtil.

Estaba a punto de decir que ni siquiera una granada podría perforarlo cuando se me adelantó Panderei y dijo en tono de conocedor:

—No, muchachos, están perdiendo el tiempo en esta discusión; son impenetrables.

—¿Los costados también? —preguntó Morfeo maliciosamente.

—Completamente —afirmó Panderei.

—¿Cómo, también con una bala? —preguntó Myrtil.

—Sí, aunque le tires con una ametralladora, —respondió Panderei, dándose importancia.

En eso, todos empezaron a sacudir sus cabezas y a darle golpecitos en la espalda:

—¡Oh, Pan! Muchacho —decían— ahí te has equivocado. Sí, Pandy, viejo, tú no pensaste, sólo abriste la boca y rebuznaste—. Y Paral, el pendenciero, no perdió tiempo en mostrar su mordacidad—: Si le pegas a Panderei en el trasero, harías un agujero, pero si le pegas en la cabeza, se la haces saltar.

Bien, Panderei se hinchó, abotonó su túnica:

—¡Ya dijeron todos lo que querían! ¡Se acabó! ¡Circulen! En nombre de la ley.

Sin perder tiempo, me dirigí al centro para donantes. Una vez más, por supuesto, enfrenté el fracaso. No aceptaron mi jugo, y no conseguí dinero. Parece ser que hay ciertas disposiciones según las cuales se debe ayunar antes de dar jugo, y yo había almorzado hacía sólo dos horas. Me dieron una tarjeta de donante y me dijeron que volviera por la mañana. Debo reconocer, de paso, que el centro me causó muy buena impresión. Los más flamantes equipos. Las sondas son preparadas con vaselina de la mejor calidad. El jugo se extrae automáticamente, pero bajo la supervisión de un médico experimentado, no un rufián cualquiera. El personal, sin excepción, es amable y solícito; se advierte de inmediato que les pagan muy bien. Todo reluce por su limpieza, los muebles son nuevos. En la sala de espera se pueden leer los últimos periódicos o ver televisión, y la espera es nada... menos gente y un servicio más rápido que en el bar. Y uno recibe el dinero de inmediato, por medio de un autómata. En todo momento se tiene conciencia de un alto nivel de cultura, humanidad y buena disposición hacia el donante. ¡Pensar que hasta hace tres días esta casa era la caverna de un hombre como el señor Laemedontes!

De todos modos, no podía quitarme de la cabeza el pensamiento en mi yerno, y sentí que debía discutir el irritante problema con Aquiles. Lo encontré como de costumbre, detrás de la caja, mirando su ejemplar de *Cosmos*. La historia de mis aventuras tuvo un efecto tremendo sobre él, y sentí que como resultado de ello me miraba desde otra perspectiva. Sin embargo, cuando hablé de Charon, no hizo más que encogerse de hombros y decir que la impresión causada por mis acciones y los peligros que había sufrido no sólo me rehabilitarían a mí, sino también a Charon, tal vez. Además, en realidad él dudaba que Charon tomara parte en algo ilegal. Charon, dijo, seguramente estaría ahora en Maratón, haciendo todo lo posible para restablecer el orden y tratando de hacer algo útil para su pueblo, como correspondía a todo residente civilizado. Todos los envidiosos locales, los Panderei y los Kalaid, sólo eran capaces

de chismes irresponsables, y seguramente lo estaban calumniando.

Yo tenía mis propias sospechas sobre ese asunto, pero naturalmente callé y no pude dejar de sorprenderme de lo mal que nos conocemos entre nosotros los residentes de pueblos chicos. Comprendía que había sido inútil que hablara eso con Aquiles, y simulando que su opinión me había tranquilizado por completo, dirigí la conversación hacia el tema de las estampillas. Entonces ocurrió algo extraordinario.

Recuerdo que al principio mi conversación era un tanto forzada, ya que básicamente pretendía desviar a Aquiles del tema de Charon. Pero resulta que tocamos el tema de la bendita sobreimpresión litográfica invertida. Por mi parte, puse frente a Aquiles hechos absolutamente inatacables para demostrarle que se trataba de una falsificación, y la cuestión pareció cerrarse. Pero, la noche anterior Aquiles había leído algún libro y se sentía capaz de sacar sus propias conclusiones. Esto resultaba insólito en nuestra relación. Naturalmente, me puse fuera de mí. Perdí la paciencia y le dije directamente que no sabía nada de filatelia, que tan solo un año atrás no habría podido reconocer la diferencia entre una estampilla falsa y una usada, y que no era casual que su colección desbordara de ejemplares defectuosos. También Aquiles explotó, y nos excedimos por completo en el altercado que siguió, el tipo de altercado que soy capaz de sostener sólo con Aquiles, y además, sólo a propósito del tema de las estampillas.

A través de una especie de niebla tuve conciencia, entonces, de que durante nuestra discusión alguien parecía haber entrado en la farmacia y le había mostrado a Aquiles una especie de papel por encima de mi hombro; que Aquiles se aquietó por un momento, y que de inmediato se aprovechó de esto para reforzar sus inconsistentes argumentos. Luego, recuerdo haber sentido la sensación irritante de verme molestado; algo irrelevante se introducía en mi conciencia y me impedía pensar de manera coherente o lógica. De todos modos, eso pasó y la próxima parte de ese suceso psicológicamente extraño fue el momento en que nuestra discusión terminó y nos quedamos callados, cansados y un poco ofendidos.

Recuerdo que precisamente en ese momento sentí el impulso incontrolable de mirar a mi alrededor y tuve una vaga sorpresa al ver que nada había cambiado. Entre tanto, tenía plena conciencia de que debía haberse producido algún cambio durante nuestra discusión. Entonces noté que Aquiles, también, se hallaba en un estado de inquietud mental. También él miraba a su alrededor y caminó a lo largo del mostrador y miró abajo de él. Por último preguntó:

—Dime, Feb, ¿entró alguien? —Obviamente, estaba preocupado por la misma cosa que me estaba inquietando. Su pregunta redondeaba todo el asunto, comprendí cuál era el sentido de mi perplejidad.

—¡La mano azul! —grité, cuando de pronto tuve un recuerdo inesperadamente claro. Casi parecía ver frente a mí los dedos azules, apretando un trozo de papel.

—¡No, no una mano! —dijo Aquiles, excitado— ¡Un tentáculo! ¡Como un pulpo!

—Pero yo recuerdo claramente los dedos...

—Un tentáculo, ¡como un pulpo! —repitió Aquiles, mirando febrilmente a su alrededor. Entonces tomó el libro de recetas del mostrador y rápidamente lo hojeó. Todo mi cuerpo se puso tenso bajo el peso del presentimiento. Sosteniendo una hoja de papel en la mano, lentamente posó sobre mí sus ojos desorbitados, y ya supe lo que iba a decirme.

—Feb —dijo con voz sofocada—, fue un marciano. —Los dos estábamos agitados, y Aquiles, como hombre versado en medicina, consideró esencial que reviviéramos nuestras fuerzas con brandy, y sacó una botella de esa bebida de una caja rotulada «Norsulfazolín». Sí, mientras estábamos ahí discutiendo por esa sobreimpresión, un marciano había entrado en la farmacia, le había entregado a Aquiles una orden por escrito que solicitaba se le entregara al portador todos los medicamentos que contuvieran narcóticos, y Aquiles, sin recordar ni comprender nada, envolvió un paquete que contenía esos medicamentos y lo había entregado, después de lo cual el marciano se había marchado, sin dejar en nuestra memoria más que breves fragmentos de recuerdos y un cuadro distorsionado, registrado con los rabillos de nuestros ojos.

Recordaba claramente la mano azul cubierta de un vello blancuzco corto y espeso, y los dedos carnosos y sin uñas, y me sorprendió el hecho de que semejante visión no hubiera

privado a mi mente, de inmediato, de su capacidad para la discusión abstracta.

Aquiles no recordaba ninguna mano, pero en cambio sí recordaba un tentáculo largo y palpitante que se tendía hacia él, aparentemente desde ninguna parte. Recordaba, también, cómo había arrojado el paquete de medicamentos sobre el mostrador sin mirar, pero no tenía ningún recuerdo de haber leído o de haber anotado la receta en el libro, aunque obviamente debió haberla leído (ya que había entregado los medicamentos) y registrado (ya que allí estaba).

Bebimos otra copa de coñac y Aquiles recordó que el marciano había estado parado a mi izquierda y lucía un elegante sweater de escote amplio, y yo recordé que en uno de los dedos azules había visto un brillante anillo de un metal blanco con una piedra preciosa. Aparte de eso, recordaba el ruido de un auto. Aquiles se secaba la frente y comentaba que la visión del libro de recetas le recordaba la desagradable sensación que había tenido, aparentemente inducido por los intentos de alguien —inoportuno hasta la grosería— por inmiscuirse en nuestra discusión con un punto de vista completamente absurdo acerca de la filatelia en general y de las sobreimpresiones invertidas en particular.

Luego recordé que era cierto, el marciano había hablado, y su voz había sido estridente y desagradable.

—Baja y despreciativa, más bien —dijo Aquiles. Sin embargo, yo insistí en mi versión y Aquiles volvió a excitarse y llamó a su dependiente, que estaba en el laboratorio, para preguntarle qué sonidos había oído durante la última hora. El dependiente, un joven particularmente poco inteligente, parpadeó con sus estúpidos ojos y farfulló que sólo había oído nuestras voces durante todo ese tiempo, y en cierto momento pareció como si alguien hubiera encendido la radio, pero no le había prestado ninguna atención a eso. Le dijimos que se retirara y bebimos otra copa de brandy. Nuestros recuerdos finalmente se aclararon y, si bien nuestras opiniones aún diferían en cuanto a la apariencia externa del marciano, de todos modos estábamos totalmente de acuerdo en cuanto a los hechos que habían tenido lugar. Sin duda, el marciano había ido a la farmacia en un auto y no había detenido el motor mientras estuvo adentro; se había parado a mi izquierda, un poco más atrás; permaneció inmóvil por algún tiempo, mirándonos y escuchando nuestra conversación. (Sentí un escalofrío cuando comprendí lo vulnerable que había sido en ese momento.) Luego nos había hecho varias observaciones, aparentemente sobre el tema de la filatelia y, en apariencia, del todo incompetentes, y luego le había alcanzado la receta a Aquiles, que la había mirado rápidamente y colocado dentro del libro de recetas. Después Aquiles, aún furioso por la interrupción, había entregado el paquete de medicamentos y el marciano se había ido, comprendiendo que no deseábamos incluirlo en nuestra conversación. De esta manera reunimos los detalles y establecimos el cuadro de un ser que, si bien no demasiado incompetente en el campo de la filatelia, en general no carecía de educación y de cierta humanidad, si se tiene en cuenta que en ese momento pudo haber hecho lo que quería con nosotros. Tomamos otra copa y pensamos que era superior a nuestras fuerzas permanecer ahí y no informar a nuestro grupo lo ocurrido. Aquiles escondió la botella, dejó al dependiente a cargo de la farmacia, y fuimos rápidamente al bar.

Nuestro relato de la visita marciana fue recibido de diferentes maneras por el grupo. El lisiado Politemes lo consideró francamente una mentira.

—No es más que una fantasía de ellos —dijo—, están borrachos como cubas.

El sensato Silen sugirió que podía haber sido algún negro: los negros a veces tienen un tinte azulado en la piel. Y Paral fue Paral.

—Buen farmacéutico tenemos —comentó acremente—. Alguien, no sabe quién, viene de alguna parte, no sabe dónde, le muestra un pedazo de papel, no sabe qué papel, y sin chistar, le da lo que desea. Realmente, con farmacéuticos así, ¿cómo podemos pensar en establecer una sociedad racional? ¿Qué clase de farmacéutico es éste que, por sus podridas estampillas, no sabe en dónde se encuentra?

Por otra parte, los otros nos apoyaban; todo el bar se reunió en torno de nosotros e incluso la dorada juventud, encabezada por el señor Nikostratos, se apartó del mostrador para escucharnos. Tuvimos que repetir la historia una y otra vez, dónde estaba parado el marciano,

cómo había extendido su extremidad, etcétera. Muy pronto noté que Aquiles estaba adornando el relato con nuevos detalles que eran, por regla general, de carácter sensacionalista. (Por ejemplo ése, de que cuando el marciano callaba sólo parpadeaba dos ojos, pero cuando abría la boca se abrían ojos adicionales, uno rojo y el otro blanco). Lo reprobé de inmediato, pero dijo que el coñac y el brandy tenían un efecto notable sobre la memoria humana y que ése era un hecho científicamente demostrado. Decidí no discutir y, riéndome interiormente, observé cómo se exponía. En unos diez minutos todos comprendieron que Aquiles mentía, y dejaron de prestarle atención.

La dorada juventud volvió al mostrador y pronto oímos, procedentes de esa dirección, comentarios tales como:

—...suficiente... ¡Qué pesados...! ¿Marcianos? Pavadas, chácharas... Deberíamos castigarlos.

En nuestra mesa se rescató el viejo tema del jugo gástrico: qué era, para qué servía, para qué lo querían los marcianos, y para qué nos servía a nosotros. Aquiles explicó que el hombre necesita jugos estomacales para la digestión del alimento, ya que es imposible digerirlo sin esos jugos. Pero su autoridad ya se había deteriorado y nadie le creía.

—Te conviene quedarte tranquilo, vieja bolsa de viento —dijo Politemes—. ¿Qué quieres decir con eso de imposible? He dado jugo por tres días seguidos, ¿y qué? Mi digestión marcha bien. Debería digerirte a tí.

Consternados, se volvieron hacia Kalaid para consultarlo, pero naturalmente eso no condujo a nada. Kalaid, luego de largas digresiones que todo el bar siguió expectante, farfulló:

—Si quieren saberlo, un policía está acabado a los treinta años.

Esas palabras tenían relación con cierta conversación semiolvidada que había tenido lugar en *Los Cinco Tañidos* antes del mediodía, y estaban dirigidas no a nosotros sino a Panderei, quien hacía rato que se había marchado a su trabajo. Dejamos que Kalaid madurara una respuesta para nuestra pregunta, y empezamos a especular entre nosotros. Silen sugirió que la civilización de Marte había llegado a un punto muerto en el campo fisiológico, y no podía producir sus propios jugos gástricos, de manera que se veían obligados a adoptar otras fuentes de abastecimiento. Japheth acotó desde detrás del mostrador que los marcianos usaban el jugo gástrico como una clase de fermento para la producción de una clase especial de energía, «como la energía atómica», agregó. Y luego Dimant, que nunca se había distinguido por el alto vuelo de su fantasía, anunció que el jugo gástrico era para los marcianos lo que el brandy o la cerveza eran para nosotros, y con esas palabras estropeó el apetito de todos los que estaban comiendo en ese momento.

Alguien sugirió que los marcianos obtenían oro o metal precioso del jugo gástrico, y esta sugerencia obviamente ignorante inspiró a Morfeo un pensamiento muy cierto:

—Compañeros —dijo—, sea que realmente obtengan oro o energía del jugo, es claro que nuestro jugo gástrico es muy importante para los marcianos. ¿Nos están tomando por tontos? —Al principio nadie entendió lo que quería decir, pero luego comprendimos: nadie sabía el precio real del jugo gástrico ni podíamos juzgar el precio que los marcianos habían fijado. Era muy posible que los marcianos —gente muy práctica, debimos convenir— se estuvieran aprovechando de nuestra ignorancia.

—Nos están comprando barato —dijo el lisiado Politemes, blanco por la ira—. Lo llevan a algún cometa y consiguen el precio justo. —Me arriesgué a corregirlo en el punto de que no sería un cometa sino un planeta, ante lo cual, con su grosería habitual, sugirió que me hiciera ver de la vista antes de entrar en discusiones. Pero no era ése el asunto.

Estábamos todos perturbados por la sugerencia de Morfeo, y se habría producido una discusión muy seria y útil de no haber entrado Myrtil con su hermano el agricultor, los dos muy borrachos. Según parece, el hermano de Myrtil había estado experimentando varios días la destilación del grano del cereal azul, y hoy sus esfuerzos se habían visto coronados por el éxito. Sobre la mesa se colocaron dos frascos respetables del brebaje azul. Todo el mundo se distrajo; empezaron a probar el licor, y debo decir que ese brandy azul nos causó una gran impresión. Myrtil, para su desgracia, invitó a Japheth a la mesa para que lo probara también. Japheth tomó dos copas, quedó por un rato con su ojo izquierdo cerrado como si estuviera

considerándolo, y luego dijo repentinamente:

—¡Fuera de mi vista!

Dijo esto con tal voz que Myrtil, sin decir palabra, recogió los frascos vacíos y a su hermano, que se había adormecido, y se marchó apresuradamente. Japheth nos miró con aire solemne y dijo:

—Tienen coraje... traer esa porquería a mi establecimiento —y volvió al mostrador.

Para disipar el mal momento, todos pedimos un trago, pero el clima tranquilo se había deteriorado. Me quedé otra media hora y me fui a casa.

En la sala, el señor Nikostratos había tomado posesión de la silla de Charon, y estaba sentado frente a Artemida, bebiendo té. No me mezclé en ese asunto. Primero, Charon había desaparecido y no se sabía si iba a volver o no, y en segundo lugar, Hermione debía estar muy cerca, en alguna parte de la casa, y yo olía tanto a alcohol que podía olfatearlo yo mismo. Por lo tanto, preferí deslizarme silenciosamente hacia mi cuarto, sin llamar la atención. Me cambié y miré el periódico. Es simplemente alarmante. Dieciséis páginas y nada de sustancia, es como masticar algodón. Había un informe de una conferencia de prensa que diera el presidente. Lo leí dos veces y no entendía nada: puro jugo gástrico. Iré a ver cómo está Hermione.

12 de Junio. Temperatura, 20°C; densidad de las nubes, 0 grado; no hay vientos. Tengo horribles eructos causados por ese brandy azul; una jaqueca espantosa, y me quedé en casa todo el día. Hizo su aparición una novedad gastronómica: pan azul. Hermione lo elogió, a Artemida también le gustó, pero yo lo comí sin apetito, el pan es pan, aunque sea azul.

13 de Junio. El tiempo de verano ha llegado por fin, parece. Temperatura, 20°C y algo nublado.

¡Qué problema! No sé por dónde empezar. En cuanto al asunto de la pensión, no hay novedades, pero no es eso lo que me preocupa ahora. Había empezado a escribir la entrada de hoy cuando oí que un auto se acercaba. Pensé que Myrtil podría haber traído la prometida botella de brandy de la finca, y miré justo a tiempo. Primero, tuve la visión de un auto desconocido, modelo de lujo, además, que estaba detenido bajo el farol de la calle, y después vi que Charon caminaba por el jardín hacia el banco donde Artemida y el señor Nikostratos se habían instalado desde el anochecer. Apenas tuve tiempo de pestañear antes de que el señor Nikostratos volara precipitadamente por encima de la pared del jardín. Charon le tiró el bastón y el sombrero, pero el señor Nikostratos no se detuvo a recogerlos sino que corría cada vez más rápidamente. Luego Charon se volvió hacia Artemida. Yo podía ver muy bien lo que estaba ocurriendo entre ellos, pero tuve la impresión de que al principio Artemida trató de desmayarse. Sin embargo cuando Charon le retorció las orejas, ella cambió de idea y decidió exhibir parte de su famoso temperamento. Lanzó un tremendo y estremecedor aullido y le arañó el rostro a Charon. Repito que no vi todo. Pero cuando, unos pocos minutos después, miré en la sala, Charon se paseaba de un extremo al otro como un tigre enjaulado, con las manos a la espalda, y en su nariz se veía una cicatriz roja, fresca. Artemida estaba poniendo la mesa diligentemente, y noté que su rostro se veía levemente asimétrico. No puedo soportar las escenas domésticas, me hacen sentir mal y tengo que irme a alguna parte para no ver ni oír nada. Sin embargo, Charon advirtió mi presencia antes de que pudiera ocultarme, y para mi sorpresa me saludó con tanta calidez y cordialidad que me sentí obligado a entrar en la sala y hablarle.

En primer lugar, me sentí gratamente impresionado por el hecho de que a Charon se lo veía completamente diferente de lo que había esperado. Este no era el vago barbudo y harapiento que se había movido haciendo ruido con su arma y que había reñido conmigo una semana antes. Para ser honesto, esperaba que estuviera aun más sucio y harapiento. Sin embargo, frente a mí estaba el Charon antiguo de las épocas tranquilas, bien afeitado, bien peinado, vestido con gusto y elegancia. Sólo la cicatriz roja de su nariz estropeaba un poco la impresión general, y el color de su tez, desacostumbradamente trigueña, delataba el hecho de que en los últimos días ese trabajador de oficina había pasado mucho tiempo al aire libre.

Hermione llegó con rizadores en el pelo, se disculpó por su aspecto y también se sentó a la mesa. Era como en los tiempos de antes; todos sentados, los cuatro, una familia pacífica. Hasta que las mujeres salieron para llevarse los platos, la conversación giró en torno de temas generales, el tiempo, la salud, cómo se veía a alguien. Pero cuando quedamos solos, Charon encendió un cigarrillo y dijo, mirándome de manera extraña:

—Bien, Padre, ¿nuestro juego se ha terminado, entonces?

Como respuesta, simplemente me encogí de hombros, aunque tuve muchos deseos de decir que si el juego de alguien se había terminado, por cierto no era el «nuestro». En realidad Charon, en mi opinión, no esperaba una respuesta. Se había contenido frente a las mujeres y sólo ahora noté que se hallaba en un estado de excitación casi enfermiza, en el estado en que un hombre puede cambiar abruptamente de la risa nerviosa a las lágrimas nerviosas, cuando todo hierve dentro de él y siente la incontenible necesidad de darle salida en palabras y conversar, conversar, conversar, y Charon conversó.

La gente ya no tenía futuro, dijo. El hombre había dejado de ser el rey de la naturaleza. De ahora y para siempre el hombre sería un fenómeno ordinario de la naturaleza, como un árbol, o un caballo, y nada más. La civilización y el progreso en general habían perdido todo significado. La humanidad ya no necesitaba desarrollarse, sería desarrollada desde el exterior, y por eso no se necesitaban escuelas, instituios, laboratorios, conciencia social, filosofía, literatura; en otras palabras, todo lo que distinguía al hombre de los animales y que hasta ahora se llamaba civilización, ya no era necesario. Como fábrica de jugo gástrico, Albert Einstein, dijo, no era mejor que Panderei, antes bien, era inferior, ya que Panderei era un glotón excepcional. La historia del hombre no terminaría en el estallido de una catástrofe cósmica, ni en las llamas de la guerra atómica, ni siquiera en el hacinamiento de la superpoblación, sino en la quietud saciada, pacífica.

—Sólo pensar —dijo, tomándose la cabeza gacha con las manos—, que no son los misiles balísticos los que terminaron la civilización, es nada más que un puñado de cobres por un vaso de jugo gástrico...

Habló mucho, por supuesto, y mucho más efectivamente, pero yo asimilo mal el análisis abstracto, y recuerdo sólo lo que recuerdo. Admito que al principio consiguió deprimirme. Sin embargo, pronto entendí que se trataba simplemente de la histérica efusión de palabras de un hombre educado que no podía soportar el derrumbe de sus ideales personales. Sentí que debía replicarle. Por supuesto, no porque esperara convencerlo, sino porque sus juicios me herían mucho, me parecían ampulosos y arrogantes, y además quería liberarme de esa impresión depresiva que sus lamentos habían tenido sobre mí.

—Has tenido una vida muy fácil, hijo —le dije directamente—. ¡Eres demasiado exigente! No sabes nada de la vida. De inmediato se advierte que nunca sufriste un golpe en los dientes, nunca te congelaste en las trincheras, nunca transportaste leños en la prisión. Siempre tuviste suficiente para comer, y para pagarlo. Te has acostumbrado a mirar al mundo con los ojos de un ateo, como una especie de superhombre. ¡Qué lástima! ¡La civilización ha sido vendida por un puñado de cobres! ¡Puedes agradecer que aún te den unos cobres por ella! Para tí ese dinero no significa nada. ¿Pero qué me dices de la viuda que tiene que criar sola a tres hijos, que tiene que alimentarlos, educarlos? ¿Y Politemes, el lisiado, que recibe una miserable pensión? ¿Y el agricultor? ¿Qué propones para el agricultor? ¿Dudosas y pequeñas ideas sociales? ¿Libros y panfletos? ¿Tu filosofía estética? El agricultor escupiría sobre todo eso. Necesita ropas, maquinarias, fe en el mañana. ¡Necesita la posibilidad permanente de cultivar su cosecha y obtener un buen precio por ella! ¿Podrías darle eso? ¿Tú con toda tu civilización? Nadie podría darle eso en diez mil años, pero los marcianos lo han hecho. ¿Por qué sorprenderse ahora de que los agricultores los persigan a ustedes como a bestias salvajes? Nadie los necesita a ustedes ni a la charla sobre la civilización, ni al esnobismo o a la prédica abstracta que tan fácilmente se convierte en tiros de una automática. El agricultor no los necesita, el hombre del pueblo no los necesita, los marcianos no los necesitan. Incluso pienso que la mayor parte de la gente racional, educada, tampoco los necesita. Piensan que son la flor de la civilización, y en realidad no son más que el verdín que produce su savia. Se han vuelto consentidos, y ahora pretenden que la muerte de ustedes es la muerte de la civilización.

Mis palabras parecieron hacerlo pedazos. Se cubría el rostro con las manos, y todo su cuerpo temblaba. Se lo veía tan apenado que mi corazón se conmovió.

—Charon —le dije tan suavemente como pude— muchacho, trata de bajar de las nubes, por lo menos por un momento, y de pisar la tierra pecadora. Trata de entender que el hombre necesita paz y fe en el mañana en mayor medida que cualquier otra cosa. No ha ocurrido nada terrible. Dices que el hombre se ha convertido ahora en una fábrica de jugo gástrico. Esas son palabras muy fuertes, Charon. En realidad, ha ocurrido lo opuesto. El hombre, que ahora se encuentra en nuevas condiciones de vida, ha descubierto un medio soberbio para usar sus recursos fisiológicos en favor de su situación en el mundo. Lo llamas esclavitud, pero todo hombre razonable vería en ello la habitual transacción comercial que pueda ser mutuamente beneficiosa. ¿Qué clase de esclavitud puede ser si el hombre racional ya está considerando la posibilidad de que lo engañen o no, y en el caso de que lo engañen, te puedo asegurar que sabrá cómo obtener justicia? Hablas del fin de la cultura y la civilización, ¡y eso no es cierto! Ni siquiera entiendo qué es lo que quieres decir. Los periódicos aparecen todos los días, la industria trabaja, Charon, ¿qué más pretendes? Tienes todo lo que siempre tuviste, libertad de expresión, autonomía, la constitución. Como si esto no fuera suficiente, se te protege del señor Laemedontes y por último te han dado una fuente de ingreso permanente, totalmente independiente de toda crisis.

Me detuve en ese punto porque vi que Charon no estaba destrozado en absoluto, no sollozaba como había creído, sino que trataba de sofocar la risa de la manera más grosera posible.

Me sentí sumamente ofendido, pero cuando Charon dijo:

—Perdóneme, por el amor de Dios. No quiero ofenderlo. Sólo me estaba acordando de una historia divertida.

Parece ser que dos días antes Charon, a la cabeza de un grupo de cinco rebeldes, había capturado a un coche marciano. Para sorpresa de ellos, del auto salió un Minotauro completamente sobrio que llevaba un aparato portátil para extraer jugo gástrico.

—Bien, muchachos, ¿qué pasa? ¿Tienen sed? —preguntó—. Vengan, los atiendo en un minuto, ¿quién es el primero?

Los rebeldes quedaron sorprendidos. Cuando se recobraron lo golpearon un poco por su traición y lo dejaron marchar con el auto. Habían pensado tomar el auto, aprender a manejarlo y luego usarlo para penetrar en la guarnición e iniciar allí una batalla, pero el episodio tuvo tal efecto sobre ellos que no tenían ganas de nada. Por la tarde dos de ellos volvieron a sus hogares y a la mañana siguiente el resto fue capturado por agricultores. Yo no entendía para nada qué relación tenía eso con el tema de nuestra conversación, pero me sentía impresionado por la idea de que Charon debió haber estado prisionero de los marcianos.

—Sí, —dijo en respuesta a mi pregunta—. Por eso es que me reía. Los marcianos me dijeron exactamente lo misino que usted, punto por punto. Acentuaron especialmente el hecho de que pertenezco a la élite de la sociedad, que tenían un gran respeto por mí y no entendían porqué yo, y aquellos como yo, nos embarcábamos en actividades terroristas en lugar de establecer una oposición racional. Sugirieron que los combatiéramos por medios legales, nos garantizaron plena libertad de prensa y libertad para realizar reuniones. Tipos magníficos los marcianos, ¿no le parece?

¿Qué podía decirle? En especial cuando se tornó evidente que lo habían tratado espléndidamente, lo habían lavado, vestido, le habían brindado asistencia médica, y un auto, confiscado a algún propietario de un antro de vicio, y lo habían dejado marchar en paz.

—No tengo palabras —dije, levantando mis manos.

—Yo tampoco —replicó Charon, y su rostro volvió a ensombrecerse—. Yo tampoco, pero debo encontrar las palabras. No valemos nada a menos que las encontremos.

Después de eso, de manera inesperada, me deseó buenas noches y se fue a su cuarto. Me quedé sentado allí como un tonto, invadido por un presentimiento desagradable. ¡Oh, sí, todavía tendríamos más problemas con Charon, sí! Y qué manera desagradable de marcharse, sin terminar la conversación. Sólo era la una de la mañana y no tenía nada de sueño.

A propósito, hoy di jugo gástrico por primera vez. No hay nada alarmante en el asunto;

sólo resulta desagradable tragar la sonda, pero dicen que uno pronto se acostumbra. Si uno da 200 gramos por día, reúne 150 por mes. ¡No está mal!

14 de Junio. Temperatura, 22ºC; densidad de las nubes, 0 grado; no hay vientos. Han emitido las nuevas estampillas, por fin. ¡Dios, qué alegría! Compré un cuarto de plancha de cada valor, pero luego no pude resistirme y compré las planchas completas. ¡He economizado lo suficiente! Ahora puedo permitirme algunos gastos. Hermione y yo fuimos a dar jugo gástrico; en adelante iré solo. Corre el rumor de que el Ministerio de Educación ha emitido una circular confirmando la situación anterior en lo relativo a las pensiones; de todos modos, quiero saber todos los detalles. El señor Nikostratos no fue a su trabajo. Envió a su hermano menor para que avisara que se había resfriado. Se dice, sin embargo, que no es gripe lo que tiene, sino que se descuidó y se cayó en alguna parte. ¡Por supuesto, Charon! Artemida se mueve por todos lados tan tranquila como un ratón.

Ah, sí, me había olvidado por completo. Hoy miré hacia la sala y lo vi a Charon sentado allí, acompañado por un individuo de aspecto agradable y grandes anteojos. Lo reconocí y literalmente me quedé helado. Era el mismo rebelde a quien los agricultores habían capturado ante mis ojos. También él me reconoció, y también se sobresaltó. Nos miramos fijamente por un momento, y luego me recobré, saludé con la cabeza y salí de la sala. No sé qué le habrá dicho a Charon de mí. De todos modos, en seguida se marchó. Repito, no me gusta nada eso de que luche ilegalmente, como se lo sugirieron de manera oficial, con todo tipo de reuniones, panfletos, periódicos, por todos los medios. Pero si vuelvo a encontrar una vez más armas automáticas y otro tipo de metales en mi casa, le diré adiós, querido yerno. Aquí nuestros caminos se separan. Basta para mí.

Para calmarme, volví a leer de nuevo la entrada de ayer de mi charla con Charon. En mi opinión, mi lógica es incuestionable. No pude replicarme. Es una pena que lo haya escrito con mucho mayor coherencia y convicción que cuando lo dije. No soy bueno para hablar, ese es mi punto más débil.

En el periódico de la mañana había un artículo interesante sobre la desmovilización y desmilitarización general del país. Gracias a Dios, han recobrado el juicio, por fin. Es evidente que los marcianos han asumido por completo la cuestión de la defensa, que ahora no nos costará un centavo, es decir, si no se toma en cuenta el jugo gástrico. El discurso del presidente no dice directamente ni una sola palabra del asunto, pero se sobreentiende. Lo que antes se gastaba en defensa, dice, se empleará ahora para mejorar el estándar de vida y construir naves. Existen ciertas dificultades relativas al cese de las industrias bélicas, pero ese es un factor meramente temporario. Y acentuó varias veces que nadie se verá perjudicado por esta reorganización. Yo lo entiendo así: a las industrias bélicas y a los generales se les dará una buena suma... son gente rica estos marcianos. La desmovilización ya ha comenzado. Paral está difundiendo el rumor de que la policía también será abolida. Panderei quiso ponerlo preso, pero no se lo permitimos. Los rumores son sólo rumores, pero en el lugar de Panderei, yo tendría más cuidado ahora.

Hoy no tengo ganas de escribir nada. Ahora voy a hacer una buena copia de mi discurso de ayer a Charon. Es un buen discurso.

<señal>

15 de Junio. Una mañana inusualmente clara y brillante (temperatura, 15ºC; densidad de las nubes, 0; no hay viento). Qué agradable es levantarse a la mañana, temprano, cuando el sol ya ha disipado la bruma matinal pero el aire todavía está frío y puro y conserva los perfumes de la noche. Las gotas más finas de rocío tiemblan y resplandecen en una cantidad de pequeños arco iris, como piedras preciosas, sobre cada brizna de pasto, sobre cada hoja, sobre cada telaraña, que la industriosa araña ha tejido por la noche desde su pequeño agujerito hasta una ramita... no, debo confesar que no me manejo bien con la prosa artística. Por una parte, todo parece correcto, hermoso en ciertos lugares, pero de todos modos, no sé bien cómo, algo no anda del todo bien. Bueno, no importa.

Por segundo día consecutivo todos demostramos un apetito excepcionalmente bueno. Se dice que es el pan azul. En verdad, se trata de un producto notable. Antes, yo nunca comía

pan, salvo en sándwiches, y de todos modos comía muy poco. Ahora, literalmente me lleno de pan. Se derrite en la boca como un pastel, y no se lo siente pesado en el estómago. Hasta Artemida, que siempre se preocupó más por conservar su figura que por conservar su familia, no se puede contener y ahora come como debería comer una joven sana de su edad.

Charon también come el pan y lo elogia. Ante mis indirectas un tanto maliciosas, sólo dice: —Una cosa no interfiere con la otra, Padre. Una cosa no interfiere con la otra.

Después del desayuno fui a la municipalidad y llegué justo antes del comienzo de la sesión. Nuestro grupo aún no había llegado a *Los Cinco Tañidos*. Al señor Nikostratos no se lo ve muy bien. A cada movimiento hace una mueca de dolor y se pone la mano sobre el costado, y de tanto en tanto gime suavemente. Habló en un susurro, no le prestó ninguna atención a sus uñas. Durante nuestra conversación no me miró ni una sola vez, pero me habló con amabilidad, sin que se advirtiera ni el mínimo rastro de su ironía habitual. En efecto, se había recibido la circular que confirmaba la posición anterior con respecto al pago de las pensiones. Probablemente mi expediente ya estaba en manos del ministro. Debíamos suponer que todo iría bien y que yo entraría en la primera categoría; de todos modos, no estaría da más pedirle al alcalde que enviara una nota especial al ministro, confirmándole mis esfuerzos personales en la lucha contra los rebeldes. La idea me gustó mucho y convine con el señor Nikostratos que haría un borrador de esa carta, que él revisaría y pasaría al alcalde para que éste la leyera.

Entre tanto, nuestro grupo ya se había reunido en *Los Cinco Tañidos*. Morfeo llegó último y le hicimos pagar multa. ¡Basta de liberalismo! En los últimos tiempos habíamos descuidado por completo los asuntos de nuestro club. Todo el mundo estaba sumamente interesado en una cuestión: ¿Había terminado el problema entre Charon y el señor Nikostratos? Me hicieron describir con todos los detalles lo que había visto, y por un rato el lisiado Politemes y Silen discutieron acerca de qué parte del cuerpo del señor Nikostratos se había lesionado. Como ex oficial subalterno, Politemes insistió en que en tales circunstancias el señor Nikostratos debió lastimarse el cóccix, porque sólo el golpe cuidadosamente dirigido de la punta del zapato sobre el lugar adecuado pudo haber producido el tipo de retirada del campo de batalla que yo había descrito.

También me preguntaron si Artemida seguía tan interesada en el señor Nikostratos, y cuando decididamente me negué a responder a una pregunta tan falta de tacto, todos llegaron a la conclusión de que ella seguía enamorada.

—Una mujer es una mujer —dijo el pendenciero Paral—. Un hombre nunca satisface a una mujer... es un problema biológico.

Perdí la paciencia al fin y le hice notar que no debía juzgar a los demás según sus propias experiencias, y todos consideraron sensata mi opinión, ya que nadie quería a Paral por su irascibilidad y además recordábamos que en su momento, antes de la guerra, su joven esposa se había escapado con un viajante de comercio. Fue todo un problema poner en su lugar a Paral, con sus pronunciamientos casi filosóficos.

Morfeo, con una nueva agudeza en sus labios, se sofocaba de risa por adelantado, y tomando a la gente de la mano gritaba:

—Escuchen lo que voy a decir.

Entonces, en el momento inoportuno, como de costumbre, entró el viejo burro de Panderei, quien al no entender el tema de la conversación anunció con su atronadora voz que en esos tiempos estábamos adquiriendo la costumbre extranjera de vivir tres o cuatro hombres con una mujer, como gatos

—¿Qué se puede hacer? Darse por vencido y abandonar.

Paral de inmediato aprovechó esas últimas palabras y dirigió la conversación hacia Panderei.

—Sí, Pandy —dijo—, estás brillante hoy, no he oído nada como eso ni siquiera de parte de mi yerno menor, el sargento. —El segundo yerno de Paral era conocido hasta más allá de los confines del pueblo. No pudimos contenernos y estallamos en carcajadas, pero Paral siguió, agregando con expresión pesarosa:

—No, muchachos, no tiene sentido la desmilitarización, sería mejor que despolicifiquemos, o por lo menos, que despandereicemos.

Panderei se hinchó de inmediato, como un sapo, se abotonó la chaqueta y gritó: —Ya han dicho todo lo que tenían que decir... eso es todo...

Aún era demasiado temprano para ir al centro de donantes, y me dirigí a la farmacia de Aquiles. Le leí la copia de mi discurso a Charon. Me escuchó boquiabierto. Mi éxito fue completo.

Estas son sus exactas palabras, cuando hube terminado la lectura:

—¡Eso fue escrito por un verdadero tribuno, Feb! ¿De dónde lo sacaste? —Afecté ciertos aires, para lograr un mejor efecto, y entonces le expliqué lo que había ocurrido. ¡Pero no me creyó! Afirmó que un maestro de astronomía retirado simplemente no era capaz de formular en modo tan ajustado los pensamientos y deseos de la gente simple.

—Sólo un gran escritor podría hacerlo —dijo—, o un gran estadista. Y en nuestro pueblo no hay mayores señales de grandes escritores o de grandes estadistas. Feb, tú les robaste eso a los marcianos. Admítelo viejo, no se lo voy a decir a nadie.

Yo estaba perplejo. Su incredulidad me halagaba y me fastidiaba a la vez. En ese punto, de pronto me mostró un sobre cerrado de papel grueso y negro.

—¿Qué es eso? —pregunté con deliberado aire casual, mientras mi corazón ya tenía una sensación de desgracia y se contraía por el mal presentimiento.

—Estampillas —dijo ese fanfarrón—. Lo verdadero. ¡De aquél lugar!

No recuerdo cómo pude recuperarme. Oí sus expresiones regocijadas, dichas en tono falsamente simpático. Y él sacudía el sobre frente a mis narices, diciendo todo el tiempo qué cosa extraordinaria eran, qué precios fabulosos le había ofrecido ya por ellas el mismo Kitone, y qué astutamente se había manejado al pedir compensación por el retiro de los medicamentos, no en dinero sino en estampillas. Las sumas que mencionó casualmente me pusieron en un estado de total confusión. Parecía ser que el precio de mercado de las estampillas marcianas era tan alto que ninguna pensión de primera categoría ni ningún jugo gástrico cambiarían nada en mi situación. Pero al fin recobré mi compostura. Tuve una inspiración repentina y le pedí a Aquiles que me mostrara las estampillas. Entonces todo se aclaró. El viejo zorro se mostró confundido y desconcertado, y empezó a farfullar que esas nuevas estampillas, al ser marcianas, no podían ser expuestas a la luz, como el papel fotográfico, y que sólo las podía examinar con una iluminación especial y él no poseía ahí, en el local, el equipo adecuado. Recobré mi coraje y le pedí permiso para llegarme a su casa esa tarde, cuando cerrara la farmacia. Me invitó sin mucho entusiasmo, diciendo que, en realidad, no tenía tampoco en su casa la iluminación especial, por el momento, pero que para mañana a la noche trataría de arreglar algo. Probablemente resultará que esas estampillas se disuelvan en el aire, o que no se las puede examinar, sino sólo palpar con los dedos.

En el calor de nuestra charla de pronto noté que alguien respiraba detrás de mi hombro izquierdo y por el rabillo del ojo tuve la visión de cierto movimiento a mi lado. De inmediato recordé al visitante misterioso y me volví abruptamente, pero resultó ser el sirviente de Madame Persefone, quien había venido a buscar algo un poco más confiable. Aquiles fue al laboratorio para buscar una preparación que satisficiera a la señora Persefone, pensando obviamente en no volver hasta que yo me hubiera marchado. Me fui, sin esforzarme por ocultar mi sarcasmo.

En el centro para donantes me aguardaba una sorpresa agradable: un análisis apropiado había revelado que, como resultado de mi crónica enfermedad interna, mi jugo gástrico correspondía al primer tipo, de manera que por cien gramos de jugo ahora recibiría cuarenta por ciento más que todos ¡os otros. Cómo si esto no fuese suficiente, el cirujano que atendía me sugirió que si hacía un uso moderado pero suficiente del brandy azul, podría conseguir la transferencia a la categoría extra, y recibiría de setenta a ochenta por ciento más por cada cien gramos. No quiero tentar al destino, pero me parece que por fin, por primera vez en mi vida, he tenido un poco de suerte..

Me fui al bar con el mejor de los ánimos, y me quedé hasta tarde. Todo fue muy divertido. En primer lugar, Japheth ahora trabaja a todo vapor el brandy azul, que recibe al por mayor de los agricultores locales. El brandy azul produce eructos desagradables, pero es barato, se bebe con gusto, y da una especie de borrachera agradable y divertida. Uno de los jóvenes de

chaqueta ajustada nos divirtió mucho. Aún no podía distinguir a uno del otro, y hasta esa noche sentía por ellos una aversión natural que la mayor parte del grupo compartía. Esos terribles asesinos del señor Laemedontes, juntos o separados, solían pasar todo el tiempo, desde la hora del almuerzo hasta la hora del cierre, en el bar. Se sentaban al mostrador y bebían en obstinado silencio, como si no notaran a nadie en torno de ellos. Sin embargo, hoy ese joven se separó de pronto del mostrador, se acercó a nuestra mesa y, en el silencio expectante que siguió, en primer lugar ordenó copas para todos.

Entonces se sentó entre Politemes y Silen y dijo, no muy fuerte:

—¡Urk!

Al principio todos pensamos que había eructado, y Politemes, como es su costumbre, dijo:

—¡Buen provecho!

Sin embargo, el joven pareció un tanto ofendido y explicó que Urk era su nombre, que lo habían bautizado así en honor del hijo de Zeus y de Egina, el padre de Telamón y Peles, el abuelo de Ente el Grande. Politemes se disculpó de inmediato y propuso un brindis a la salud de Urk, de manera que el incidente quedó solucionado. Todos nosotros nos presentamos también, y muy pronto Urk se sintió muy cómodo con el grupo. Resultó ser un magnífico narrador de cuentos, y simplemente nos quedamos todo el tiempo escuchándolo.

En especial, nos gustaba la costumbre de ellos de enjabonar el suelo de la sala, desvestir a las chicas y organizar una persecución tras ellas. A esto lo llamaban «rayuela», y nos los refirió de manera impresionante. Debo admitir que todos nos sentimos un poco avergonzados de ser tan provincianos que nunca habíamos oído hablar de ese juego, y por esa razón resultó muy oportuna la ingeniosa broma de algunos de los jóvenes camaradas del señor Nikostratos.

Aparecieron en la plaza llevando, de una cuerda a un enorme gallo rojizo. Mi Dios, qué divertido fue. Cantando «Niobe, Niobe», marcharon a través de la plaza y entraron en el bar. Allí rodearon el mostrador y pidieron brandy para ellos y un brandy azul para el gallo. Al mismo tiempo anunciaron, a todos los que escuchaban, que estaban celebrando el hecho de que el gallo había alcanzado su madurez sexual e invitaban a acercarse a todos los que lo desearan. Urk se rió, también, de manera que nuestro pueblo se rehabilitó un poco en la opinión del residente de la capital como una especie de centro de ingenioso entretenimiento.

También fue interesante cuando llegó Aquiles y anunció que habían robado seis sillas tapizadas de la sala de espera de la municipalidad. Panderei ya había inspeccionado la escena del crimen y sostenía haber encontrado una pista. Dijo que los ladrones eran dos; uno había usado una gorra de terciopelo y el otro tenía seis dedos en su pie derecho, pero en realidad todos estábamos convencidos de que el tesorero se había llevado las sillas.

Paral lo dijo claramente: —Bien, ha conseguido zafarse otra vez. Ahora todos van a empezar a hablar de esas estúpidas sillas y se olvidarán por completo de la última malversación de fondos.

Cuando volví a casa, Charon aún trabajaba en su oficina, y cenamos juntos.

Acabo de mirar por la ventana. Una maravillosa noche de verano con un cielo infinito sobre el pueblo, un cielo tachonado con una multitud de brillantes estrellas. Una brisa cálida transporta mágicos perfumes y acaricia las ramas de los árboles dormidos. ¡Silencio! Se puede oír el suave zumbido de un cocuyo perdido en el pasto que marcha al encuentro de su amada esmeraldina. Sueños y bendiciones han descendido sobre el pequeño pueblo, fatigado por sus preocupaciones diarias; no, de alguna manera esto no es exacto. No importa. Lo que quiero decir es qué hermoso fue cuando, como símbolo de paz y seguridad, algunas enormes aeronaves que brillaban con mágica luz volaron a través de los cielos; de inmediato se hizo evidente que no eran nuestras.

Voy a titular mi discurso «Paz y fe», y se lo daré a Charon para el periódico. ¡Que intente no publicarlo! ¿Cómo puede ser que cuando codo el pueblo está en favor, ellos, quieren creerlo, están en contra? Eso no conducirá a nada, querido yerno, a nada.

Iré a ver cómo está Hermione.

FIN